

cia intrínseca de la agricultura, el *laissez faire*, el *produit net*, el *Tableau Économique*.) Podríamos hacer nuestra la afirmación sorprendentemente generosa para la época de Adam Smith: «Este sistema... con todas sus imperfecciones, es, quizá, la mejor aproximación a la verdad que haya sido publicada hasta la fecha sobre el tema de la economía política.»<sup>8</sup>

8. Y luego, en un comentario bastante característico, de furtiva elegancia, continúa diciendo: «sus secuaces son muy numerosos, y como a los hombres les gustan las paradojas, y quieren aparentar que entienden lo que supera la comprensión del vulgo, las que sostiene con respecto a la naturaleza improductiva del trabajo manufacturero quizá hayan contribuido en buena medida a aumentar el número de sus admiradores». Smith, *op. cit.*, libro 4, cap. 9.

BOLIA Y

## VI. EL NUEVO MUNDO DE ADAM SMITH

—La Revolución industrial, que tuvo lugar en Inglaterra y en el sur de Escocia durante el último tercio del siglo XVIII, desplazó hacia las fábricas y las ciudades industriales a los trabajadores— que hasta entonces habían producido mercancías en sus cabañas o alimentos y lana en sus granjas. Y también trasladó a otros que habían producido muy poca cosa, o nada.—Los capitales que en un tiempo eran invertidos por los mercaderes en materias primas que se enviaban a las aldeas para ser convertidas en tejidos, o que habían servido para adquirir la producción de artesanos independientes, comenzaron en esa época a invertirse en magnitudes mucho mayores en fábricas y maquinaria, o en los jornales nada generosos mediante los cuales subsistían los trabajadores, aunque sólo fuera por poco tiempo.—La figura dominante, en esta transformación, y por tanto cada vez más en la comunidad y en el Estado, ya no fue el mercader, cuya vocación era la compra y venta de mercancías, sino el industrial, orientado hacia la producción de las mismas.—

Los historiadores han debatido el tema de qué fue lo que inició el proceso. ¿Se originó acaso en fortuitos episodios de innovación, como el invento de la máquina de vapor de Watt para propulsar el resto de la maquinaria, y el de la maquinaria misma, creada, principalmente para las manufacturas textiles, de Arkwright, Kay y Hargreaves, así como de otros menos favorecidos por la fama? (Dicho sea de paso, el producto textil, junto con el alimento y la vivienda, fue uno de los tres factores que en conjunto determinaban el nivel de vida de la gran mayoría de la población en aquellos tiempos.) ¿O acaso habrá sido la Revolución industrial resultado de un lúcido espíritu de empresa? ¿Se trataba quizá de un avance preliminar en un largo proceso mediante el cual las

invenciones, muy lejos de constituir una fuerza independiente e innovadora, venían a ser el logro previsible de quienes, gracias a su ingenio e inspiración, habían descubierto las posibilidades del cambio?

Pero no nos detengamos en este dilema. Sea cual fuere la fuente de la Revolución industrial, ésta modeló profundamente el desarrollo económico. Una vez más, lo que aquí interesa es el contexto. Y de él surgen las dos figuras más célebres en la historia de esta disciplina, a saber, Adam Smith y, tres cuartos de siglo más tarde, Karl Marx. El primero fue el profeta de sus realizaciones y el autor de sus reglas orientadoras; el segundo fue el crítico del poder que ese proceso otorgó a los dueños de lo que habría de denominarse «medios de producción», y al mismo tiempo, el crítico de la pobreza y la opresión que el proceso conllevó a los trabajadores.

La figura de Smith presenta un problema de ubicación en el tiempo. Su gran tratado, *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, se publicó, según queda dicho, en 1776. Para esas fechas los talleres y las minas de la era industrial eran ya una realidad en los campos de Inglaterra y en las Lowlands de Escocia. Según el gran historiador francés de la economía, Paul Mantoux (1877-1956): «Si nos limitamos a Inglaterra, es verdad que desde el reinado de Enrique VII en adelante varios ricos mercaderes de paños del Norte y del Oeste desempeñaron entonces, aunque en menor escala, el mismo papel que nuestros grandes industriales ejercen en la actualidad... En vez de limitarse a actuar como mercaderes, comprando telas de los tejedores y vendiéndolas en mercados y ferias, procedieron a instalar talleres que ellos mismos supervisaban. Eran fabricantes en el sentido moderno de la palabra.»<sup>1</sup>

Y sin embargo, Smith no llegó a ver gran cosa de lo que en el futuro habría de llamarse Revolución industrial; en efecto, no conoció las fábricas realmente grandes, ni las ciudades industriales, ni los regimientos de trabajadores dirigiéndose a los talleres y retornando de ellos, ni el surgimiento político y social de los

1. Paul Mantoux, *The Industrial Revolution in the Eighteenth Century*, traducción al inglés de Marjorie Vernon (Nueva York, Harcourt, Brace, 1940), pág. 33. Esta obra, exposición clásica de los orígenes y primeros tiempos de la Revolución industrial en Inglaterra, fue publicada por primera vez en París en 1905. Una nueva edición (prologada por mí) ha sido publicada por University of Chicago Press en 1983.

empresarios. En realidad, la mayor parte del proceso tuvo lugar después de la publicación de su obra. Smith describe el trabajo en una fábrica de alfileres, pero justamente de una índole muy distinta de lo que llegarían a ser las plantas industriales de los decenios posteriores. Probablemente, fue la fábrica más famosa en toda la historia de la empresa económica. Alcanzó para él, como para casi todos los que han escrito sobre este autor, una importancia casi mística. Lo que captó su atención no fue la maquinaria característica de la Revolución industrial, sino la forma en que el trabajo estaba dividido de modo que cada trabajador era un experto en una minúscula parte de todo el proceso. «Un hombre tira del alambre, otro lo endereza, un tercero lo corta, un cuarto lo afila, un quinto aguza el otro extremo para insertarle la cabeza; la fabricación de esta última exige dos o tres operaciones distintas; colocarla es tarea especial, y blanquear los alfileres, otra; hasta colocarlos en sus fundas de papel es todo un oficio.»<sup>2</sup> De esta especialización, la división del trabajo, provino la gran eficiencia de la empresa contemporánea; combinada con la natural propensión humana a «trocar, permutar y cambiar una cosa por otra»,<sup>3</sup> sentó las bases de todo el comercio. Pero ésta no fue la realidad de la Revolución industrial. Si Smith hubiera podido ver las fábricas humeantes, la maquinaria, las masas de trabajadores que hicieron su aparición a fines del siglo XVIII, eso es lo que le habría sorprendido, y no la fabricación de los alfileres ni la división del trabajo.

Empero, aunque Smith no haya visto ni previsto por completo la Revolución industrial en su manifestación capitalista acabada, la verdad es que advirtió con gran claridad las contradicciones, la obsolescencia y, por encima de todo, el carácter socialmente restrictivo de las motivaciones individuales del viejo orden. Y si bien fue profeta del nuevo, más todavía era enemigo del antiguo. Nadie puede leer *La riqueza de las naciones* sin darse cuenta del deleite de su autor cuando aflige a los cómodos y preocupa a quienes profesaban las ideas y orientaciones convenientes y tradicionales de su época. La obra de Smith es rica en elementos razonables en favor del nuevo mundo que entonces alboreaba; su mayor contribución fue la destinada a destruir el viejo mundo, y de esa forma, abrir paso al porvenir.

2. Adam Smith, *La riqueza de las naciones*, libro I, cap. 1.  
3. *Ibid.*, libro I, cap. 2.

Adam Smith nació en 1723 en una pequeña y poco brillante ciudad, Kirkcaldy, puerto poco importante situado frente a Edimburgo, en la margen opuesta del Firth of Forth, que años más tarde se haría célebre por sus fábricas de linóleo y su penetrante olor. Su padre era el agente de aduanas, representante local de la política proteccionista y de la fe mercantilista que su hijo atacaría tan tenazmente y llegaría a destruir con tanta eficacia. Después de la escuela municipal, Adam Smith asistió a la Universidad de Glasgow y luego al Balliol College, en Oxford, experiencia que celebra en *La riqueza de las naciones* con una enérgica censura a los profesores públicos, como entonces se los llamaba, es decir, aquellos cuyos salarios eran independientes del tamaño de sus clases o del entusiasmo que provocaran en el alumnado. Así, desprovistos de todo incentivo, estos docentes, según afirma Smith, se esforzaban y trabajaban poco. A él le habría parecido mucho mejor que hubieran sido remunerados, como él lo sería posteriormente en Glasgow, según el número de estudiantes atraídos por sus clases. Las opiniones de Smith en este aspecto no serían bien recibidas en una universidad norteamericana moderna.

Desde Oxford, Smith retornó a la Universidad de Glasgow, en la cual fue profesor, primero, de lógica, y luego de filosofía moral. Allí, en 1759, publicó *The Theory of Moral Sentiments*, obra actualmente casi olvidada y en gran parte precursora de su interés en la economía política. En 1763 renunció a la universidad para convertirse en tutor del joven duque de Buccleuch y acompañarlo en sus viajes por el continente. Si bien la historia no registra los beneficios que el duque recibió de esta gira, en cambio resultó ser una experiencia de suma importancia para Smith. En Suiza visitó a Voltaire en el hermoso palacete que todavía se levanta en las afueras de Ginebra, en lo que es hoy Ferney-Voltaire, y en París y Versalles conoció, entre otros, a Quesnay y a Turgot. Un rasgo notable de *La riqueza de las naciones* es su tono cosmopolita; las ideas, observaciones e informaciones de su autor provenían de parajes muy distantes de las fronteras de Inglaterra o de Escocia. Ello se debe indudablemente a sus años de viaje.

Smith comenzó a escribir *La riqueza de las naciones* en Francia, y continuó trabajando en ella durante diez años después de su regreso a Inglaterra en 1766. Cuando finalmente la publicó, su éxito fue inmediato: la primera edición, en dos volúmenes, se vendió

totalmente casi en seguida.<sup>4</sup> Edward Gibbon, amigo del autor, escribió a Adam Ferguson en términos de aprobación extática: «¡Con qué excelente obra ha enriquecido al público nuestro común amigo el señor Adam Smith!», agregando que ésta ofrecía «las más profundas ideas expresadas en el lenguaje más lúcido».<sup>5</sup> Pero esta loa resulta tibia si se la compara con la de William Pitt, quince años más tarde, quien, hablando ante la Cámara de los Comunes, dijo de dicha obra que, en ella, «el extenso conocimiento de detalle y la profundidad de investigación filosófica [de Smith] han de suministrar, según creo, la mejor solución de todas las cuestiones relacionadas con la historia del comercio y con el sistema de la economía política».<sup>6</sup> Como tuve ocasión de observar anteriormente, «Nunca, desde entonces, por lo menos en el mundo no socialista, ha habido político alguno que apostara tan valerosamente en favor de un economista».<sup>7</sup>

Después de la publicación de esta famosa obra, Smith fue designado inspector de aduanas en Edimburgo, sinecura de abolengo mercantilista que ya había desempeñado su padre, y que él, conforme a la reconocida tradición de su estirpe, era demasiado práctico para rehusar. Murió en Edimburgo en 1790; su casa y su tumba están allí, en Canongate, y deberían ser visitadas por cuantos profesan aunque sólo sea un interés pasajero por la economía política.

*La riqueza de las naciones* es un extenso tratado que se caracteriza por su desorden, por sus divertidos pasajes y por su admirable prosa, y junto con *La Biblia* y con *El capital* de Karl Marx, uno de los tres libros que los eruditos de pacotilla creen tener derecho a citar sin haber leído. Especialmente en el caso de Smith,

4. Su precio era de 1 libra y 16 chelines, y equivalía, descontando la inflación y la tasa de cambio variable de la libra esterlina, a unos 50 o 60 dólares actuales; quizá más. No se sabe cuántos ejemplares se imprimieron.

En 1973, para celebrar el CCL aniversario del nacimiento de Adam Smith, un grupo de economistas británicos y de otros países se reunió en la ciudad de Kirkcaldy. Parte del contenido de este capítulo lo he tomado de la conferencia que pronuncié en esa ocasión, posteriormente publicada en mi libro *Annals of an Abiding Liberal* (Boston, Houghton Mifflin, 1979), págs. 86-102.

5. Citado en John Rae, *Life of Adam Smith* (Londres, Macmillan, 1895), pág. 287. La biografía de Rae es la obra clásica y quizá la única dedicada especialmente a la vida de Smith.

6. William Pitt, discurso de presentación del presupuesto, 17 de febrero de 1792, citado en Rae, págs. 290-291.

7. *Annals of an Abiding Liberal*, op. cit., pág. 88.

tanto peor para ellos. Como dijera Gibbon, la redacción misma es encantadora, los «hechos curiosos», tan alabados por David Hume, son todavía motivo de placer o de sorpresa. Quizá convenga incursionar en una breve digresión, para dar unas cuantas muestras.

Para los norteamericanos, allí está su observación de que «la reciente resolución de los cuáqueros en Pensilvania de poner en libertad a todos sus esclavos negros, debe bastarnos para saber que no tendrían muchos». <sup>8</sup> Y, anticipado a Thorstein Veblen, declara que «para la mayoría de los ricos, el principal goce de las riquezas consiste en exhibirlas». <sup>9</sup> Con respecto a los accionistas y su función o inandad, nadie sería más exacto en los dos siglos siguientes: «Rara vez pretenden comprender cosa alguna de los negocios de la compañía, y cuando no prevalece entre ellos el espíritu de facción, no se molestan en averiguar nada, sino que se contentan con percibir sus dividendos semestrales o anuales, en la cantidad que a los directivos les parece apropiado distribuirles.» <sup>10</sup>

La observación más útil de Smith, que siempre debería tenerse en cuenta cuando la alarma nacional sustituye al pensamiento, no se encuentra en *La riqueza de las naciones*, sino que fue pronunciada en respuesta a una declaración de sir John Sinclair en un juicio oral sobre la rendición del general Burgoyne en Saratoga en octubre de 1777. Sinclair había expresado el temor de que la nación británica se viera en la ruina, a lo que respondió Smith: «Hay gran cantidad de ruina en una nación.» <sup>11</sup>

También sabemos por Smith que los gastos del gobierno civil de la Colonia de la Bahía de Massachusetts «antes del comienzo de los actuales desórdenes», <sup>12</sup> refiriéndose a la Revolución, ascendían más o menos a 18.000 libras esterlinas por año, suma bastante elevada si se la compara con las de Nueva York y de Pensilvania, 4.500 libras en casa caso, y de Nueva Jersey, de 1.200. <sup>13</sup> Y nos enteramos de que en ocasión de una gran tormenta, o «inundación», los ciudadanos del cantón suizo de Unterwald habían celebrado una asamblea, en la cual cada uno de ellos hizo declaración de bienes ante la multitud, para ser luego objeto de una contribu-

8. Smith, *op. cit.*, libro 3, cap. 2.

9. *Ibid.*, libro 1, cap. 11, 2.ª parte.

10. *Ibid.*, libro 5, cap. 1, 3.ª parte, artículo I.

11. Citado en Rae, *op. cit.*, pág. 343.

12. Smith, *op. cit.*, libro 4, cap. 7, 2.ª parte.

13. Estos y otros muchos pormenores relativos a las colonias revelan un interés que según Rae muy probablemente haya sido estimulado por Benjamin Franklin, a quien conoció en Londres, habiendo sido tal vez amigo suyo.

ción proporcional destinada a reparar los daños, dando así uno de los primeros ejemplos de impuesto sobre el patrimonio. <sup>14</sup> Y por último, verificamos que Isócrates, según los cálculos extremadamente precisos efectuados por Smith, percibió la suma de 3.333 libras, 6 chelines y 8 peniques (o sea, más de 100.000 dólares actuales), en pago de «lo que hoy llamaríamos un curso lectivo, importe que no parecerá extraordinario como remuneración de tan importante ciudad a tan famoso profesor, quien además enseñaba la ciencia entonces más de moda, la retórica». <sup>15</sup> Y añade que Plutarco ganaba lo mismo. Quizá haya logrado destacar debidamente la diversidad de intereses de Adam Smith.

Son muchos los aspectos de la obra de Smith que seducen al lector y lo alejan del núcleo principal de su contribución a la historia de la economía, y muchos los lectores que a lo largo de los años han cedido a esa seducción. Pero hay tres temas fundamentales, ya señalados en el capítulo I, en los cuales debe fijarse la atención. El primero de ellos, la noción de las vastas fuerzas que motivan la vida y el esfuerzo económicos, o sea, como se diría ordinariamente, la naturaleza del sistema económico. El segundo, la forma en que se fijan los precios, y cómo se distribuyen consiguientemente los ingresos en salarios, beneficios y rentas. Finalmente, las políticas que el Estado aplica para fomentar y promover el progreso económico y la prosperidad. Como muestran los ejemplos reseñados, debe subrayarse una vez más que en *La riqueza de las naciones* nada es sistemático; deben pedirse disculpas a su autor por sugerir un orden que a él le habría parecido sorprendente.

—Para Smith, el incentivo fundamental de la actividad económica es el interés individual.—Su consecución privada y competitiva es la fuente del máximo bien público. «No hemos de esperar que nuestra comida provenga —dice en su más célebre pasaje— de la benevolencia del carnicero, ni del cervecero, ni del panadero, sino de su propio interés. No apelamos a su humanitarismo, sino a su amor propio.» <sup>16</sup> Añade luego que el individuo «en este caso, como en tanto otros, es guiado por una mano invisible para la consecución

14. Smith, *op. cit.*, libro 5, cap. 2, 2.ª parte, artículo 2.

15. *Ibid.*, libro 1, cap. 10, 2.ª parte.

16. *Ibid.*, libro 1, cap. 2.

ción de un fin que no entraba en sus intenciones... Jamás he sabido que hagan mucho bien aquellos que simulan el propósito de comerciar por el bien común. Por cierto que no se trata de una pretensión muy común entre los mercaderes, y no hace falta emplear muchas palabras para disuadirlos de ella».<sup>17</sup>

«La referencia a una mano invisible tiene para muchos cierta resonancia mística: he aquí una fuerza espiritual que sostiene la busca del interés propio y que guía a los hombres en el mercado hacia el más benigno de los fines.—Esa creencia inflige a Smith una grave injusticia; en efecto, la mano invisible, la más famosa metáfora de la economía, sólo fue eso: una metáfora. Como hombre de la Ilustración, nuestro autor no trató de procurar para su argumento ningún apoyo sobrenatural. En los últimos capítulos se relatará cómo, en nuestra época, el mercado llegó a adquirir realmente un aire de beneficencia teológica que Smith no habría aprobado.

Y sin embargo, como asunto puramente secular, el paso que dio Smith fue realmente enorme. Hasta aquel entonces, la persona dedicada a enriquecerse había sido objeto de duda, sospecha y desconfianza, sentimientos que databan no sólo de la Edad Media, sino de tiempos bíblicos y de las Sagradas Escrituras mismas. En cambio, ahora, al cultivar su propio interés, se convertía en benefactora pública. ¡Qué redención, qué transformación extraordinaria! Nunca en la historia se había prestado semejante servicio a la inclinación personal. Y este favor sigue vigente en la actualidad. Así como la voz de los fisiócratas se deja oír todavía en las reuniones de los agricultores, el egoísmo benéfico del carnicero, el cervecero o el panadero y la orientación benévola de la mano invisible reviven cada vez que los miembros de la Cámara de Comercio de los Estados Unidos, la Mesa Redonda de los Negocios, o bien, como en el momento de escribir estas líneas, el gabinete del presidente Reagan, se reúnen para promover el reforzamiento mutuo, el rejuvenecimiento retórico y oratorio, y el examen de las políticas y de la acción públicas.

El valor y la distribución —es decir, los precios y la adjudicación del producto— constituyen el segundo de los temas básicos de la

17. *Ibid.*, libro 4, cap. 2.

economía que encaró Smith, temas que sobreviven en los libros de texto de microeconomía de nuestros días. Al precisarlos y definirlos, Smith reveló su propia capacidad para interpretar su época. Cuando los trabajadores comenzaron a agruparse en las fábricas, adquirió gran relevancia la forma de determinar los salarios. Y a medida que el capitalista asumía el dominio de la producción, fue planteándose la cuestión de su beneficio, de la forma en que éste debía determinarse y justificarse. Cuando el agricultor arrendatario reemplazó al aparcerero o al siervo, la renta de la tierra se convirtió en asunto de importancia. Y se vio que los precios guardaban una evidente relación con todos esos elementos constitutivos. Adam Smith dio a la economía política su estructura moderna. Pero esta estructura le fue revelada, a su vez, por las etapas iniciales de la Revolución industrial.

Si bien fue él quien precisó las cuestiones de los precios y de la distribución del producto como tema central para entender la economía, debe reconocerse también que sus respuestas no se consideraran satisfactorias durante mucho tiempo. Con respecto a los precios, le intrigó la circunstancia tan interesante como perturbadora, ya mencionada anteriormente, de que muchos de los elementos mejores o casi indispensables para la vida son gratuitos o poco menos. Así, el agua, por más variable que fuese en aquel entonces su calidad, era muy barata o gratuita, mientras que los diamantes, «la mayor de todas las superfluidades», eran, como hoy, sumamente caros.—De aquí provenía la inquietante diferencia entre el valor de uso y el valor de cambio. Como en el caso del agua potable, el valor de uso podía ser muy elevado, y el valor de cambio muy bajo. A la inversa, las piedras preciosas, con tan poco valor de uso, tenían un gran valor de cambio. El enigma de la diferencia entre valor de uso y valor de cambio tardaría en resolverse otro siglo o más, hasta que, en uno de los triunfos secundarios de la teoría económica, se descubrió el concepto de utilidad marginal.<sup>18</sup> Según éste, el factor determinante es la necesidad o uso menos urgente, o marginal. La utilidad marginal del agua es pequeña debido a su abundancia, mientras que la del diamante se mantiene elevada debido a su escasez.—En un desierto, podría lle-

18. Hubert Phillips explicó una vez el dilema de Smith en verso: «El astuto pájaro / nunca había oído / nada de la utilidad marginal.» Citado en Alexander Gray, *The Development of Economic Doctrine* (Londres, Longmans, Green, 1948), *op. cit.*, pág. 128. Sobre este concepto se dirá algo más en el capítulo IX.

garse a cambiar la gema más grande y resplandeciente por un trago de agua, pues la escasez obra prodigios hasta en lo relativo a la utilidad marginal del agua.

—Smith resolvió el problema en su época limitándose a dejar de lado el valor de uso y preconizando un valor de cambio que era una versión de lo que llegaría a conocerse como la «teoría del valor trabajo». Según ésta, el valor de cualquier posesión se mide, en definitiva, por la cantidad de trabajo por la cual puede ser cambiada. «El valor de cualquier bien... para la persona que lo posee... equivale a la cantidad de trabajo que con él puede comprar o encargar. En consecuencia, el trabajo es la medida real del valor de cambio de todos los bienes.»<sup>19</sup>

Pero esto no es todo. En otro de sus pasajes característicos, resulta que el valor de cambio depende, aparentemente, de todos los costes de producción de los bienes,—solución que exige, como siempre, una buena explicación de qué es lo que determina los costes; de lo contrario, el problema de la determinación del precio se traslada simplemente de uno a otro conjunto de incógnitas.

La ambigüedad en la cual Smith dejó finalmente la cuestión de la determinación del precio ha sido debatida interminablemente por los estudiosos. Pero éste es un entretenimiento que no debe preocuparnos. El hecho es simplemente que el propio Smith no llegó a decidirse.

Refiriéndonos a lo que determina la participación en los ingresos procedentes de la venta del producto, que debe adjudicarse respectivamente a trabajadores, terratenientes y capitalistas, Smith volvió a especificar la pregunta que debía formularse, y volvió a ser ambiguo en la respuesta.—Según él, el salario era, en general, el coste de atraer al trabajador a su trabajo y de mantenerlo para que siguiera desempeñándolo. Sobre esta base, David Ricardo formularía la ley de bronce de los salarios, según la cual la clase trabajadora percibe la remuneración mínima indispensable para su supervivencia.

La remuneración del capital y del capitalista —pues no distinguía claramente entre interés y beneficio— es un asunto que Smith sólo llegó a deducir, con cierta dificultad, de la teoría del valor trabajo. La cantidad de trabajo y el coste consiguiente para sustentarlo determinan el precio. Por lo tanto, la remuneración del

capital debe constituir una exacción, por parte del capitalista, sobre la legítima porción perteneciente al trabajador, cuya labor establece el precio, y a quien corresponde, presumiblemente, el provecho obtenido de la venta del producto. De modo que se trata de la apropiación de un valor excedente, diferencia entre el valor creado por el trabajador y su paga,—que, una vez más, tiene aparentemente derecho a reclamar. Y aquí dejó Smith la cuestión, en la medida en que su posición es clara. Esta noción inocentemente subversiva sería también elaborada y refinada por Ricardo en el siglo siguiente. Y se convertiría en una fuente principal de indignación y agitación revolucionarias en Karl Marx.

Y por último, la renta de la tierra. La atención dedicada a este asunto en los escritos de Smith, y posteriormente en los de Ricardo y otros autores, presenta hoy un aspecto ligeramente arcaico. ¿Por qué se ocuparon tanto de esta cuestión particular del coste y de los ingresos? Debemos recordar la importancia que tenía la renta de la tierra en épocas en que la agricultura revestía una significación económica fundamental y el pago de los arrendatarios por el uso de la tierra constituía una de las principales (y opresivas) transferencias de renta.

Con respecto a la renta de la tierra, una vez más, Smith emitió explicaciones diferentes y contradictorias. Luego de haber hecho de ella un determinante del precio, junto con los salarios y el beneficio, la convierte en un residuo de los ingresos por ventas una vez pagados los salarios y los beneficios. «La renta de la tierra... entra en la composición del precio de las mercancías de diferente manera que los salarios y el beneficio. Los salarios y los beneficios altos o bajos son la causa de los precios altos o bajos, mientras que la renta, baja o elevada, es su efecto.»<sup>20</sup> Luego relaciona el nivel de este residuo con la calidad de la tierra: «La renta de la tierra se eleva en proporción con la calidad de los pastos.»<sup>21</sup>

Aquí se desliza también un matiz fisiocrático; efectivamente, en materia de agricultura, sostiene Smith, la naturaleza trabaja junto con el hombre, poniendo algo de su parte —una vez más un *produit net*—. Es particularmente perturbadora la contradicción entre la noción de precios propuesta por Smith, según la cual éstos

20. *Ibid.*, libro I, cap. 11. En Eric Roll, *A History of Economic Thought* (Nueva York, Prentice Hall, 1942), *op. cit.*, págs. 173 y ss., figura una exposición más detallada y sumamente idónea de las ideas de Smith sobre la renta.

21. Smith, *op. cit.*, libro I, cap. 11, 1.ª parte.

19. Smit, *op. cit.*, libro I, cap. 5.

responden al coste del trabajo incorporado al producto, y su concepto de la función de la tierra, que «en casi cualquier situación, produce una cantidad de alimentos mayor de la necesaria para mantener a toda la mano de obra que se requiere para llevarla al mercado».<sup>22</sup> La solución a este problema es volver a poner a Smith en manos de quienes se ganan eruditamente el sustento ocupándose de sus contradicciones.

Y en tercer lugar, por último, veamos lo que dice Smith sobre lo que llamaríamos actualmente la política pública referente a los factores que estimulan el crecimiento económico. No todas sus ideas al respecto son originales, pues tiene una deuda en su ataque al pensamiento mercantilista con predecesores tan notables como el muy inteligente sir William Petty (1623-1687). También se funda en los ensayos de su gran amigo de Edimburgo, David Hume (1711-1776). Pero muchas de sus teorías son producto de sus propias observaciones, de su sentido común, y del ya mencionado placer que experimentaba al desmantelar las creencias establecidas.

-Su recomendación más urgente en materia de política pública es la libertad de comercio interior e internacional. Gran parte de su razonamiento, quizá una parte excesiva, proviene de la fascinación que sentía por la división del trabajo —la famosa fábrica de alfileres—. Sólo con la libertad de trueque y de comercio pueden algunos trabajadores especializarse en la fabricación de alfileres, otros en actividades diferentes, y entre todos establecer el intercambio que satisface las distintas necesidades del consumidor. Si no existe libertad de comercio, cada trabajador debe concentrarse de modo incompetente en la fabricación de sus propios alfileres, y desaparecen las economías de la especialización. De ello Smith concluye que cuanto mayor es el área de intercambio, mayor resulta la oportunidad de especialización, es decir, de división del trabajo, y *pari passu*, mayor la eficiencia, o como diríamos ahora, la productividad del trabajo.—La división del trabajo se ve limitada, en otra de las famosas conclusiones de Smith, por el tamaño del mercado. Esto arguye en favor de un área de libre comercio lo más vasta posible, que proporcionaría, consiguientemente, la máxima eficiencia posible del trabajo.

22. *Ibid.*

Es sumamente probable que la aplicación de la energía y de la maquinaria a la producción, aun en tiempos de Smith, haya podido representar una fuente de eficiencia mucho mayor que la aplicación de los trabajadores a tareas especializadas. Y, sin duda, así ha ocurrido desde entonces. Pero ello no impide que en la actualidad la división del trabajo preconizada por Smith constituya todo un tótem de la eficiencia, un estereotipo en todo debate sobre políticas de comercio internacional.

—La defensa del libre cambio por parte de Smith se convierte en un ataque directo contra la concepción mercantilista del oro y la plata como fundamento de la riqueza nacional, y contra la creencia de que las restricciones al intercambio pueden aumentar las existencias de metales preciosos.—Ya en las primeras líneas de *La riqueza de las naciones* Smith proclama que ni el oro ni la plata constituyen la riqueza de un país. Es «el trabajo anual de cada nación la fuente original que le proporciona la satisfacción de las necesidades y las comodidades de la vida».<sup>23</sup> La riqueza está en función de «la preparación, la destreza y el juicio que se despliegan en la aplicación general del trabajo [de la nación], y en segundo lugar, de la proporción entre el número de las personas empleadas en un trabajo útil, y el de las que no lo están».<sup>24</sup>

Tales son, pues, las cuestiones que deben encarar las políticas públicas, y, si lo hacen con acierto, los precios serán bajos y el suministro de mercancías abundante. El oro y la plata vendrán del extranjero para adquirir los productos del país, y la acumulación de metales preciosos tendrá lugar espontáneamente. Los demás países, en efecto, no pueden impedir que sus habitantes envíen su oro y su plata al exterior. Formulando un descubrimiento en materia de regulación de cambios que se repetiría una y otra vez en lo sucesivo, observa que «todas las sanguinarias leyes de España y Portugal son impotentes para conservar en esos países el oro y la plata».<sup>25</sup> Y con una reflexión muy suya, recuerda a quienes temen que llegue a escasear el dinero que ninguna queja «es más común que la de la escasez de dinero. Éste, como el vino, siempre resultará escaso para quienes carecen de los medios de comprarlo o del crédito para que se lo fíen.»<sup>26</sup> En una observación

23. Smith, *Introduction*.

24. *Ibid.*

25. Smith, *op. cit.*, libro 4, cap. 1.

26. *Ibid.*

congruente con la teoría monetaria clásica, recuerda que «Europa no se ha enriquecido mediante la importación de oro y plata a raíz del descubrimiento de América. Dada la abundancia de las minas americanas, esos metales se han abaratado.»<sup>27</sup>

Pero Smith no es rígidamente dogmático en materia de comercio libre; admite la conveniencia de aranceles en industrias esenciales para la defensa y, dado el caso, con carácter de represalia por la aplicación de otras abusivas en el extranjero, aconsejando a la vez que vaya retirándose gradualmente el apoyo a las empresas protegidas y a sus trabajadores. Pero no mucho más. «Es máxima de todo cabeza de familia prudente no intentar nunca fabricar en su casa lo que le salga más barato comprar... Y lo que es prudente en la economía doméstica, difícilmente podría resultar insensato en la de un gran reino.»<sup>28</sup>

—Así como Smith era contrario a las restricciones en el intercambio internacional, también se oponía a las del comercio nacional y con las colonias. En una época en la que eran comunes los tratos de favor, los privilegios y la cesión de monopolios oficiales, se oponía a todos ellos. —También se manifestó contrario a las asociaciones que formaban entre sí los productores y los trabajadores, si bien, en un comentario marginal característico, observó que existían más leyes contra prácticas similares de los mercaderes y manufactureros que los empleaban. Pero no era del todo optimista en cuanto a la posibilidad de hacer frente a las alianzas privadas. En efecto, el impulso favorable a esta clase de asociaciones era muy fuerte. En otro pasaje inmortal observa que «las personas de un mismo ramo rara vez llegan a reunirse, aunque sólo sea con fines de jolgorio y diversión, sin que la conversación termine en una conspiración contra el público, o en alguna maquinación para elevar los precios. Es imposible... —sigue diciendo— impedir tales reuniones mediante cualquier ley aplicable, o compatible con la libertad y la justicia. Pero si bien la ley no puede impedir que las gentes de un mismo oficio o profesión se congreguen ocasionalmente, no debe hacer nada que facilite esas asambleas y, mucho menos, que las vuelva necesarias.»<sup>29</sup>

27. *Ibid.*

28. *Op. cit.*, libro 4, cap. 2. Una vez más, el moderno estudioso puede descubrir aquí la falacia de composición. Una sabia política pública, con toda su diversidad de necesidades y con toda su complejidad, no tiene por qué coincidir con las reglas que rigen a una familia, por más ilustrada y prudente que ésta sea.

29. *Ibid.*, libro I, cap. 10, 2.ª parte.

Un siglo después, en Estados Unidos se intentó, en cierto modo, poner en práctica lo que a Smith le parecía imposible, y se trata de un esfuerzo que persistiría durante otros cien años. La ley Sherman, y otras posteriores, prohibirían que los integrantes de un mismo ramo, aun habiéndose reunido con fines de jerga y diversión, se pusieran a hablar, y mucho menos ponerse de acuerdo, sobre precios. Esta prohibición tropezó con no pocas de las dificultades previstas por Smith.

—De Smith proviene la adhesión a la competencia como principio de todas las sociedades capitalistas, suponiéndose que puede garantizar el mejor funcionamiento posible de la economía. Pero en cambio tuvo mucho menos influencia la advertencia del mismo autor en cuanto a la institución que, conjuntamente con el propio Estado, podría destruir la competencia. Se trataba de la compañía patentada por el Estado, o sea, en términos modernos, la sociedad anónima. Su crítica de estas sociedades se dirigió especialmente contra las que disfrutaban de privilegios monopolistas, como ocurría en la era colonial. Pero por otra parte, tampoco tenía un concepto elevado de su eficacia. Refiriéndonos nuevamente al mundo actual, Smith quedaría aterrado ante un medio en el cual, como en Estados Unidos, un millar de sociedades anónimas dominan el panorama industrial, comercial y financiero, y son dirigidas por administradores asalariados, algo que para Smith debía deplorarse especialmente. «Siendo gestores del dinero ajeno, y no del propio, difícilmente puede esperarse que lo cuiden con la misma viva diligencia que suelen desplegar los miembros de una sociedad privada para vigilar sus fondos... En consecuencia, es evidente que la negligencia y la prodigalidad prevalecerán siempre, de uno u otro modo, en la administración de los asuntos de tal compañía.»<sup>30</sup>

Los consejos y recomendaciones de Smith se extienden también a otros aspectos de la economía. Como cuadra a la reputación de sus antepasados étnicos, exhorta a la parsimonia en los gastos personales y hace extensivo este consejo, en términos enérgicos, al Estado. Limita rigurosamente la actividad del gobierno a la gestión de la defensa común, la administración de la justicia y la cons-

30. *Op. cit.*, libro 5, 3.ª parte, artículo 1.

trucción de las obras públicas necesarias. Sus normas en materia tributaria, justamente célebres, prescriben que los impuestos sean de percepción segura, convenientes, y económicos en su evaluación y recaudación. Es partidario de que se aplique, como mínimo, un impuesto sobre la renta de carácter proporcional: «Los súbditos de todo Estado deberían contribuir al sostén del gobierno, lo más ajustadamente posible, en proporción a sus respectivas posibilidades; es decir, en función de los ingresos que respectivamente perciben bajo la protección común del Estado.»<sup>31</sup>

Pero no todas las ideas de Smith pueden comentarse aquí. Para intentarlo sería preciso escribir otro libro tan voluminoso como el suyo, y hacer menos claro, como él lo hace con su amor al detalle, el meollo central y vital de su pensamiento, o sea, precisamente el que hemos procurado describir en estas páginas.

64

## VII. REFINAMIENTO, AFIRMACIÓN Y LAS SEMILLAS DE LA REVUELTA

Con Adam Smith la historia del pensamiento económico registró el mayor de sus progresos. Como dice Eric Roll, «el apóstol del liberalismo económico habló en términos lúcidos y persuasivos». Se dirigía a «una audiencia dispuesta a recibir su mensaje... [y con] la voz de los industriales que estaban ansiosos por barrer con todas las restricciones del mercado y de la oferta de mano de obra; remanentes del anticuado régimen del capital mercantil y de los intereses de los terratenientes».<sup>1</sup> Durante los cien años siguientes, y aún más, los economistas de la escuela tradicional se dedicaron a enmendar y refinar sus conclusiones, a luchar para resolver sus ambigüedades y a buscar la forma de completar su sistema en otros aspectos.

La obligación impuesta al historiador funcional, al escritor que no sólo se interesa por la historia sino también por su relevancia moderna, adquiere especial complejidad cuando examina la ciencia económica después de Adam Smith. A partir de entonces, en mayor grado que anteriormente, se le planteaba el problema, antes inadvertido, de seleccionar entre una gran cantidad de material las ideas de importancia principal y perdurable. Gran parte de las obras publicadas después de Smith revisten un interés puramente transitorio. Se presentaban ideas, se formulaban teorías, se hacían observaciones sobre las continuas y a veces amargas polémicas de la época, que no llegaron a sobrevivir. Hubo también elocuentes representantes de la tradición establecida —como, por ejemplo, John Stuart Mill— que fueron los grandes docentes de su época, pero que no modificaron en forma sustancial la ancha corriente del pensamiento económico. Gran parte de esta producción, especialmente en lo que se refiere a las polémicas, debe pasarse por alto para

31. *Ibid.*, libro 5, cap. 2, 2.ª parte.

1. Eric Roll, *A History of Economic Thought*, op. cit. (Nueva York, Prentice Hall, 1942), pág. 156. (Versión castellana, FCE.)

trucción de las obras públicas necesarias. Sus normas en materia tributaria, justamente célebres, prescriben que los impuestos sean de percepción segura, convenientes, y económicos en su evaluación y recaudación. Es partidario de que se aplique, como mínimo, un impuesto sobre la renta de carácter proporcional: «Los súbditos de todo Estado deberían contribuir al sostén del gobierno, lo más ajustadamente posible, en proporción a sus respectivas posibilidades; es decir, en función de los ingresos que respectivamente perciben bajo la protección común del Estado.»<sup>31</sup>

Pero no todas las ideas de Smith pueden comentarse aquí. Para intentarlo sería preciso escribir otro libro tan voluminoso como el suyo, y hacer menos claro, como él lo hace con su amor al detalle, el meollo central y vital de su pensamiento, o sea, precisamente el que hemos procurado describir en estas páginas.

64

## VII. REFINAMIENTO, AFIRMACIÓN Y LAS SEMILLAS DE LA REVUELTA

Con Adam Smith la historia del pensamiento económico registró el mayor de sus progresos. Como dice Eric Roll, «el apóstol del liberalismo económico habló en términos lúcidos y persuasivos». Se dirigía a «una audiencia dispuesta a recibir su mensaje... [y con] la voz de los industriales que estaban ansiosos por barrer con todas las restricciones del mercado y de la oferta de mano de obra; remanentes del anticuado régimen del capital mercantil y de los intereses de los terratenientes».<sup>1</sup> Durante los cien años siguientes, y aún más, los economistas de la escuela tradicional se dedicaron a enmendar y refinar sus conclusiones, a luchar para resolver sus ambigüedades y a buscar la forma de completar su sistema en otros aspectos.

La obligación impuesta al historiador funcional, al escritor que no sólo se interesa por la historia sino también por su relevancia moderna, adquiere especial complejidad cuando examina la ciencia económica después de Adam Smith. A partir de entonces, en mayor grado que anteriormente, se le planteaba el problema, antes inadvertido, de seleccionar entre una gran cantidad de material las ideas de importancia principal y perdurable. Gran parte de las obras publicadas después de Smith revisten un interés puramente transitorio. Se presentaban ideas, se formulaban teorías, se hacían observaciones sobre las continuas y a veces amargas polémicas de la época, que no llegaron a sobrevivir. Hubo también elocuentes representantes de la tradición establecida —como, por ejemplo, John Stuart Mill— que fueron los grandes docentes de su época, pero que no modificaron en forma sustancial la ancha corriente del pensamiento económico. Gran parte de esta producción, especialmente en lo que se refiere a las polémicas, debe pasarse por alto para

31. *Ibid.*, libro 5, cap. 2, 2.ª parte.

1. Eric Roll, *A History of Economic Thought*, op. cit. (Nueva York, Prentice Hall, 1942), pág. 156. (Versión castellana, FCE.)

que los temas esenciales no se pierdan en la masa de referencias. Una vez más, la piedra de toque debe ser, no un examen general de todas las aportaciones —ya son demasiados los que han intentado hacerlo—, sino la seguridad de no haber omitido nada de importancia permanente.

En los años subsiguientes a la muerte de Smith, surgieron tres grandes figuras que refinaron y ampliaron su obra; se trataba de tres autores casi exactamente contemporáneos, a saber, un francés, Jean-Baptiste Say (1767-1832) y dos ingleses, Thomas Robert Malthus (1766-1834) y David Ricardo (1772-1823). Los tres, pero Malthus y Ricardo en particular, presenciaron el vigoroso florecimiento de la Revolución industrial, y, perfeccionando la obra de Smith, trataron de que la ciencia económica se desarrollara en consonancia con este enorme cambio. Con ellos llegó la teoría económica correspondiente al orden industrial.

Jean-Baptiste Say era un hombre de negocios que desde temprana edad actuó como precursor en materia de seguros de vida. Luego se convirtió en profesor y finalizó su carrera en el Collège de France. Por ser francés, y no pertenecer, por tanto, a la entonces (y después) hegemónica tradición del idioma inglés —resultante y exponente de la preeminencia industrial de Gran Bretaña—, los historiadores no se han ocupado tanto de él como de Malthus y de Ricardo. Hay quienes simplemente lo han dejado de lado considerándolo un autor que no aportó nada nuevo y que únicamente transmitió el mensaje de Adam Smith al público francés que lo necesitaba.

En realidad, hizo mucho más que eso. La transformación del conjunto desordenado de ideas e información de *La riqueza de las naciones* en una presentación más ordenada, tan propia del pensamiento francés, fue sólo una parte de su tarea. En cuanto a la susodicha necesidad, no le cabía duda alguna: combinando con tacto excepcional la crítica y el encomio, declaró que «la obra de Smith es sólo una confusa aglomeración de los principios más sólidos de la economía política, con apoyo de luminosos ejemplos y de las más curiosas nociones de estadística, mezcladas con reflexiones instructivas».<sup>2</sup> Su propia obra principal, *Traité d'Économie Politique*, es un trabajo mucho más conciso, que tuvo una gran

2. Jean Baptiste Say, *Traité d'Économie Politique*, citado en Alexander Gray, *The Development of Economic Doctrine* (Londres, Longmans, Green, 1948), op. cit., pág. 267.

circulación, tanto en francés como traducido. La menor estima en que se lo ha tenido, en comparación con las obras de otros autores de su tiempo, ha sido atribuida a su mayor legibilidad y popularidad. Esto es siempre un peligro.

Sus antecedentes como hombre de negocios llevaron a Say a resaltar el bien definido e incluso decisivo papel del empresario, el individuo que concibe la empresa o se hace cargo de ella, descubre y explota la oportunidad, y encarna la fuerza motriz de las transformaciones y las mejoras de la economía. Al exponer estas ideas anticipó, entre otras, las de Joseph Alois Schumpeter. Pero la principal contribución de Say al pensamiento económico, que desde hace 130 años constituye una aportación perdurable y de suma influencia, fue su ley de los mercados. Los libros de texto actuales se siguen refiriendo a ella con el nombre de la ley de Say.<sup>3</sup>

La ley de Say sostiene que la producción de bienes genera una demanda agregada efectiva (es decir, realmente gastada) suficiente para comprar todos los bienes ofrecidos. Ni más, ni menos. Por lo tanto, nunca puede originarse en el sistema económico una superproducción generalizada. En términos algo más modernos, esta ley viene a expresar que el precio de cada unidad de producto vendido genera unos ingresos bajo la forma de salarios, intereses, beneficios o rentas de la tierra, suficientes para comprar dicho producto. Alguien, en alguna parte, percibe todo ese valor. Y una vez percibido, lo desembolsa, hasta igualar el precio de lo producido. En consecuencia, nunca puede ocurrir una insuficiencia de la demanda, que es la otra cara de la moneda de la superproducción. Es posible, eso sí, que algunas personas ahorren parte de los ingresos resultantes de la venta. Pero una vez realizado ese ahorro, habrán de invertirlo, asegurando así la continuidad del gasto. Incluso en el caso de que atesoren parte de dichos ingresos no se modificará la situación, pues entonces los precios bajarán, para adaptarse al menor flujo de ingresos. Una vez más, no habrá exceso general de bienes ni insuficiencia generalizada de capacidad adquisitiva.

No todos aceptaron la ley de Say. Como pronto veremos, Thomas Robert Malthus tenía sus dudas, y con razón. Y en el decenio siguiente hubo períodos repetidos y cada vez más penosos de cri-

3. Véase, por ejemplo, Paul A. Samuelson y William D. Nordhaus, *Economics*, 12.<sup>a</sup> edición (Nueva York, McGraw Hill, 1985), págs. 366-367.

sis y depresión, durante los cuales las mercancías no podían venderse y, en consecuencia, la fuerza de trabajo se quedaba sin empleo. Todo parecía indicar que, con toda seguridad, había algún factor en alguna parte de la economía que provocaba una insuficiencia del poder adquisitivo. Los economistas opusieron a esta idea el concepto de un ciclo económico recurrente que ocasionaba desajustes temporales, pero que no alteraba las condiciones fundamentales. Y de este modo sobrevivió la ley de Say.

Y no sólo sobrevivió, sino que su aceptación llegó a convertirse en el índice de un adecuado nivel de refinamiento en materia de economía. Se trataba de la prueba de fuego mediante la cual se diferenciaba a los genuinos estudiosos de los farsantes y los maníacos, o sea, de quienes por debilidad intelectual no podían o no querían ver cuán obviamente la oferta creaba su propia demanda. Era también una indispensable y aguerrida defensa contra aquellos que, mediante la monetarización de la plata, la impresión y puesta en circulación de papel moneda, y el endeudamiento y gasto gubernamental, se proponían aumentar el poder adquisitivo para superar lo que era falsamente percibido como una insuficiencia de la demanda. Se trataba de una receta contra un mal que no podía existir.

—La ley de Say prevaleció triunfante hasta la Gran Depresión. Sólo en esas circunstancias pudo ser refutada por John Maynard Keynes, quien sostuvo y argumentó influyentemente, que *podía* haber (y que entonces había en efecto) una insuficiencia de la demanda. Podía en verdad darse una preferencia por la retención y atesoramiento de dinero, es decir, una preferencia por la liquidez; y que los precios no se ajustaran a un flujo de demanda menor. En este caso, las mercancías, en general, dejarían de venderse, y quienes las fabricaban quedarían sin empleo. El Estado, por su parte, podía y debía remediar la situación, endeudándose y gastando para complementar el flujo de demanda.—Esto puso fin al extraordinario reinado de Jean-Baptiste Say.

También acabó en esta forma una de las principales restricciones a la enseñanza de la ciencia económica y al pensamiento e imaginación de académicos, que había afectado a cuantos habían hecho estudios en esta materia. Mientras se creyó que estaba asegurada una demanda suficiente de mercancías, el nivel de actividad del mercado era, en términos reales, óptimo; no hacía falta medida alguna del Estado ni del banco central para aumentarlo o

disminuirlo. Pero al perder vigencia la ley de Say, el control de la demanda agregada —o sea, lo que los gobiernos, directamente o por intermedio de los bancos centrales, deberían hacer para aumentar o disminuir la renta y el poder adquisitivo— se convirtió en una preocupación obvia. El valor y la distribución, los precios, los salarios y otros conceptos perdieron muchos puestos en la jerarquía del pensamiento económico, como lo indica la actual designación de su estudio bajo el nombre de *microeconomía*. En cambio, la gestión de la demanda se convirtió en el nuevo sector al que se dedica mayor atención y se reconoce mayor prestigio, bajo el nombre augusto de *macroeconomía*. La macroeconomía nació al liberarse la disciplina del largo reinado de Jean-Baptiste Say.

[Thomas Robert Malthus] clérigo británico de instinto aristocrático, fue el primero de un trío de figuras importantes en la historia del pensamiento económico cuyos recursos financieros personales provinieron, no de la universidad ni de honorarios por servicios de preceptor privado, como en el caso de Smith, ni del mundo de los negocios, como sucedió con Say y con Ricardo, sino del benévolo empleo que le ofreció la Compañía Británica de las Indias Orientales. Los otros dos integrantes de ese trío fueron James y John Stuart Mill. Todos ellos sirvieron a la John Company —como entonces se la denominaba— sin haber visitado jamás la India. Malthus, en particular, desempeñó la docencia en el Haileybury College, de Hertfordshire, institución que formaba a los jóvenes para trabajar en la Compañía.

Los dos libros de Malthus, *An Essay on the Principle of Population* y *Principles of Political Economy*, abarcan gran variedad de materias, pero sólo aportaron a la ciencia económica dos proposiciones, una de las cuales, rivalizando con la de Say, ha prevalecido poderosamente hasta la actualidad. La otra, perdida durante un siglo, fue revivida por Keynes, reconociendo a su autor originario un mérito tan considerable, como lamentablemente postergado.

[La suprema contribución de Malthus]—que ha incorporado la palabra *malthusianismo* a todos los idiomas modernos— fue la ley que a su criterio regía el crecimiento demográfico, influyendo además en la determinación de los salarios. Para ello se remitió a una impresionante variedad de fuentes, desde los griegos y los «infelices habitantes de la Tierra del Fuego (quienes), según el consenso

general de los viajeros, han sido colocados en el escalón más bajo entre los seres humanos»<sup>4</sup> hasta los habitantes en mejor situación de Inglaterra. Pocos autores han acumulado más informaciones en una sola oración o, como en este caso, en tres:

No se conocen muchos detalles acerca de la población de Irlanda. Por lo tanto, me limitaré a observar aquí que el cultivo creciente de la patata ha dado lugar a su rápida multiplicación durante el siglo pasado. Pero la baratura de esta raíz nutritiva y la pequeñez de la parcela que para esta clase de cultivo basta para producir en años ordinarios el alimento de una familia, sumada a la ignorancia y depauperación de los habitantes que les han inducido a seguir sus inclinaciones sin otra perspectiva que la mera subsistencia inmediata, han fomentado hasta tal punto el matrimonio, que la población va aumentando mucho más allá de lo que permiten la industria y recursos presentes del país.<sup>5</sup>

A partir de sus observaciones y de alguna especulación más abstracta llegó Malthus a sus conclusiones básicas, la primera, bastante obvia, según la cual los medios de subsistencia limitan la población; la segunda, que la población aumenta cuando dichos medios lo permiten, y lo hace en forma geométrica, mientras que la oferta de alimentos, en el mejor de los casos, sólo podría incrementarse aritméticamente; y la tercera, que esta asimetría persistirá, lo que significa que el incremento demográfico será limitado por la oferta de alimentos, a menos que aparezcan antes otras limitaciones.

Las posibles limitaciones previas son las restricciones morales, el vicio y la miseria. No puede esperarse mucho de las restricciones morales, y virtualmente nada después del matrimonio. El vicio, cuyo papel no está demasiado claro, no le parece a Malthus una forma recomendable de control de la natalidad. Sólo subsiste el hambre, a menos que se anticipen otros controles destructivos tales como la guerra, la peste u otras enfermedades. Malthus presenta a la humanidad una perspectiva muy poco halagüeña.

La situación no se puede mejorar. En efecto, cada vez que el

4. Thomas Robert Malthus, *An Essay on the Principle of Population*, 6.ª edición (Londres, Ward, Lock, 1890). Malthus apoya esta conclusión bastante generalizadora remitiéndose a los informes del capitán Cook sobre su primer viaje.

5. Malthus, pág. 259. Debe tenerse en cuenta que este párrafo fue escrito varios decenios antes de la gran hambruna en Irlanda.

Estado] u otro benefactor omnipotente, [se proponga mejorar la situación de las masas, la procreación desenfrenada de éstas las devolverá rápidamente a su estado anterior.] Con tal hipótesis Malthus proporcionó un poderoso argumento contra la caridad, pública o privada, y rindió un señalado servicio a quienes encuentran públicamente apropiado o personalmente económico omitir la ayuda a los infortunados. No fue, al parecer, un hombre despiadado y [meditó acerca de las medidas que podrían adoptarse para mejorar la situación, dentro de los límites impuestos por su ley. Consideró, por ejemplo, que la cuestión podría solucionarse en parte postergando la edad del matrimonio.] Propuso, asimismo, que en el servicio religioso de las bodas se insertara una advertencia dirigida a las parejas jóvenes, recordándoles que ellas mismas deberían sufragar los gastos y sufrir las consecuencias de su pasión.<sup>6</sup> Pero nadie consiguió de una forma tan completa como Malthus cargar sobre las espaldas de los pobres el peso de su pobreza o de librar del mismo las de los ricos.]

Malthus ha sobrevivido como profeta de lo que se ha denominado la explosión demográfica, o bien, hasta para quienes tienen un mínimo de capacidad metafórica, la bomba de la población. Y por cierto que su tenia constituye una amarga verdad en nuestro tiempo para los países agrícolas más pobres de Asia y África, mientras que el rico mundo industrial, ayudado por los contraceptivos y por el aborto, ha evitado esa amenaza.

La segunda proposición por la que Malthus sigue siendo famoso en la actualidad es, cabe repetirlo, su actitud de duda ante la ley de Say. Como acaba de observarse, según aquel autor, los trabajadores, los capitalistas y los terratenientes debían recibir, del producto de la venta de las mercancías, los medios para comprar, *pari passu*, todo lo que pudieran producir mediante sus esfuerzos sumados, y era inevitable que así lo hicieran. Pero Malthus] que en años posteriores se pasó de la demografía a la economía política,<sup>7</sup> [sostuvo que] en realidad, [no sucedería así. Como consecuencia de la pobreza de los trabajadores] —reducidos por efecto de su

6. Con el correr del tiempo, quizá no haya sido ésta la variedad histórica menos prometedora del control de la natalidad. En el decenio de 1980, durante su primer mandato presidencial, Ronald Reagan expresó su creencia de que la limitación demográfica debía dejarse al juego del mercado. Pero hubo quien sugirió luego que la manifestación práctica de tal actitud se concretaría en que las parejas apasionadas, en vez de ir a acostarse, se dirigirían al centro comercial más próximo.

7. En *Principles of Political Economy* (Londres, John Murray, 1820).

propia fecundidad a niveles mínimos de salarios u otros ingresos—habría una tendencia a la producción de más mercancías de las que pudieran ser compradas y consumidas ya fuera por estos infortunados o por las clases más opulentas. Y esto ocurriría con tanta más razón cuanto que los capitalistas o industriales concentrasen obsesivamente su atención en los negocios absteniéndose, por lo menos en cierta medida, de los placeres del consumo que bien podrían permitirse. En consecuencia, sobrevendría una superproducción de mercancías. Malthus consideró que tal situación podría atenuarse hasta cierto punto gracias a la existencia de una clase de consumidores no productivos: sirvientes, políticos, soldados, jueces, abogados, médicos, cirujanos y clérigos. Todos ellos, a su entender, se afanaban sin llegar a producir nada, pero consumían.

La idea de que los abogados, los médicos o los sirvientes pudieran ser gente útil, cuyos servicios fueran pagados de buena gana por otras personas, no le entraba a Malthus en la cabeza. Pero si bien su distinción entre ocupaciones productivas e improductivas no tiene cabida en la economía moderna, sobrevive sin embargo el instinto de creer que la creación de bienes visiblemente materiales reviste un carácter peculiarmente productivo. Todavía se opina que la fabricación de zapatos y de aparatos electrónicos es más útil, más beneficiosa desde el punto de vista económico, que los servicios del cantante, el artista o el investigador. Cuando las autoridades nacionales o municipales o las cámaras de comercio deliberan sobre el desarrollo económico, siguen pensando hoy en términos de fábricas que producen mercancías.

Malthus no sólo sobrevive por esta idea, sino también por la más importante y amplia idea de que es posible que no se gasten la totalidad de los ingresos, de que la demanda de mercancías sea insuficiente, y de que, en consecuencia, es posible una superproducción general, con estancamiento de la actividad económica y el consiguiente desastre. «Por primera vez, al menos en la teoría económica inglesa, se admitió la posibilidad de crisis originadas por causas inherentes al sistema capitalista.»<sup>8</sup> Se admitió, sí, pero, ¡ay!, habrían de transcurrir varias generaciones antes de que se aceptara plenamente.

Ricardo y Malthus escribieron sobre estas cuestiones durante

los mismos años. Ricardo defendió la ley de Say del ataque malthusiano; para él, los ingresos procedentes de la producción de mercancías creaban en efecto su propia demanda. Durante poco más de un siglo a partir de entonces, prevaleció la tesis de Say, sostenida por Ricardo. Como dijera Maynard Keynes en una de sus más difundidas observaciones, Ricardo se impuso sobre esto en Gran Bretaña como la Santa Inquisición se había impuesto en España.

Por último, Malthus dejó otro legado, aunque involuntario, cuya responsabilidad comparte con Ricardo. En lo sucesivo, la ciencia económica habría de caracterizarse por un matiz persistente de pesimismo y melancolía, y a los economistas (por intermedio de Carlyle) se les adjudicaría el nombre y la reputación que padecen hasta la fecha, de «respetables profesores de la ciencia lúgubre».<sup>9</sup>

David Ricardo es la figura más enigmática y en algunos aspectos la más polémica en la historia de su disciplina; enigmática, porque la naturaleza y la profundidad de su influencia sobre el tema están lejos de resultar claras, y polémica, porque dicha influencia prestó maravillosos servicios a quienes, en opinión de muchos, no lo merecían, especialmente a Marx y los marxistas. El aspecto enigmático puede en parte obedecer al humor y estilo de su prosa. A diferencia de la de Smith, dotada de cierta exuberancia y claridad festivas, la de Ricardo es difícil y sombría. Tras el enorme esfuerzo de comprensión que su lectura exige, es posible que el lector se sienta legitimado para escoger libremente lo que encuentra digno de ser creído.

En comparación con Smith, o con Malthus, Ricardo representó un cambio de método lógico muy convincente. Smith era empírico y didáctico, y a partir de sus propias observaciones, tan diversas como copiosas, iba extrayendo sus conclusiones. En cambio, Ricardo era teórico e inductivo; a partir de una proposición evidente o tenida por tal, continuaba razonando en forma abstracta hasta llegar a una conclusión plausible, o quizá inevitable. Era un método que en lo sucesivo seduciría a los economistas, por no exigir muchos datos y porque en caso necesario puede divorciarse de una realidad desagradable o inconveniente. A Ricardo le vino muy bien.

8. Roll, *op. cit.*, p. 224.

9. Thomas Carlyle, *Latter-Day Pamphlets*, núm. 1 (Londres, Chapman and Hall, 1899), pág. 44.

Utilizando su método y sus conclusiones, tanto los posteriores campeones del capitalismo como sus más resueltos adversarios, con Marx a la cabeza, llegaron a conclusiones igualmente firmes.

David Ricardo era hijo de un agente de bolsa, judío y anterior residente en Holanda. Se convirtió al cristianismo cuando contrajo matrimonio, hecho que le alejó de su familia original. Continuó su profesión bursátil por su propia cuenta y, en cosa de cinco años, amasó una fortuna suficiente como para retirarse y adquirir la finca de Gatcombe Park, residencia de campo que hacia 1970 habría de ser comprada a su vez por la reina Isabel II, quien la destinó a esos mismos fines en beneficio de la princesa Ana y su marido. En Gatcombe se dedicó a leer, y según puede suponerse, a escribir con grandes padecimientos sobre economía. Fue íntimo amigo de Malthus, y ambos matuvieron una copiosa correspondencia caracterizada por su mutuo desacuerdo y recíproca admiración.<sup>10</sup> Ingresó en el Parlamento, donde hizo uso de la palabra y ejerció como miembro de comisión muy activo en cuestiones económicas, incluidas las monetarias. Gran parte de sus mejores trabajos versaron sobre asuntos de interés e importancia en su época, tras la conclusión de las guerras napoleónicas, y no corresponde resumirlos aquí. En cambio, sus ideas más perdurables y significativas, que bien provienen de Smith o apuntan a enmendarlo,<sup>11</sup> pueden, con algún riesgo, ser dilucidadas razonablemente y expuestas con tolerable amplitud.

Ricardo, siguiendo a Smith, definió los principales temas de la ciencia económica, pero con cierta vehemencia al denunciar los errores. Entre los factores que determinan el valor o precio de un

10. Como mi colega Robert Dorfman me ha recordado en ocasión de leer estas páginas.

11. Así lo reconoce Ricardo muy sinceramente. «El autor, al combatir las opiniones aceptadas, ha encontrado necesario referirse más particularmente a aquellos pasajes de los escritos de Adam Smith con los cuales, a su criterio, tiene motivos para diverger; no obstante, espera que no por ello se sospeche de él que no... participa en la admiración que la profunda obra de este celebrado autor suscita con tan justa razón.» Ricardo añade luego que «igual observación puede aplicarse a las excelentes obras del Sr. Say», de quien dice que «todos los demás escritores del Continente juntos» no han contribuido tanto a «preconizar favorablemente los principios de ese ilustrado y benéfico sistema», es decir, el enunciado originariamente por Smith. (Cita de su libro *On the Principles of Political Economy and Taxation*, editado como parte de *The Works and Correspondence of David Ricardo* por Piero Sraffa, Cambridge, Inglaterra, Cambridge University Press, 1951, vol. I, pág. 6.) Los libros, folletos y cartas de Ricardo fueron compilados y editados por Sraffa a lo largo de un periodo de muchos años, ejecutando así una de las más distinguidas tareas que se hayan cumplido en materia de erudición e investigación en la economía moderna. Sraffa fue mi amigo desde que nos conocimos en la Universidad de Cambridge en años anteriores a la segunda guerra mundial, y a él debo en gran parte mi estima por Ricardo.

producto, cree que el primero es la utilidad.] «Si una mercancía no fuera útil en absoluto, es decir, si no pudiera contribuir a nuestra satisfacción, carecería también de valor de cambio.»<sup>12</sup> [Con este juicio] aunque había precedentes, surge en primera aproximación el otro lado de la teoría moderna de la determinación de los precios, o sea, la interacción de la oferta y la demanda.

Una vez establecida la necesidad de los productos «intercambiables», advierte luego que su valor proviene ya sea de su escasez o de «la cantidad de trabajo necesaria para obtenerlos». Esto se aplica a todo lo reproducible; con excepción de las «estatuas y pinturas raras, libros y monedas escasos, vinos de calidad peculiar que sólo pueden elaborarse con uvas cultivadas en determinado suelo».<sup>13</sup> Las mercancías y los artefactos no reproducibles constituyen un caso muy especial; los bienes reproducibles, cuyo valor de cambio está regido por el trabajo incorporado a los mismos, constituyen el caso general. Y en relación con esto cita a Smith para apoyar su teoría: «Es natural que lo que usualmente se produce en dos días, o en dos horas de trabajo, valga el doble de lo que por lo general es producido respectivamente en un día o en una hora de trabajo.»<sup>14</sup>

Como los otros han observado ya, Ricardo llegó a matizar en sus últimos escritos ciertas actitudes originariamente muy severas, y esto ha ayudado considerablemente a quienes procuraron encontrar en él lo que deseaban creer. No obstante, su adhesión a una teoría del valor trabajo plenamente fundada es el elemento principal de la influencia que llegaría a ejercer en años posteriores.

Obedeciendo, según parece evidente, a su posición como propietario de tierras, Ricardo se ocupó luego de los ingresos del terrateniente en concepto de renta, que definió, en otro de los pasajes inmutables de la economía, como «la porción del producto de la tierra que se paga al terrateniente por el uso de los poderes originales e indestructibles del suelo».<sup>15</sup> Concibió esta categoría de ingresos dentro del contexto maltusiano de la presión demográfica

12. Ricardo, *op. cit.*, pág. 11.

13. Ambas citas de *op. cit.*, pág. 12.

14. Adam Smith, *La riqueza de las naciones*, citada en Ricardo, *op. cit.*, pág. 13. Ricardo agrega después: «El hecho de que éste sea realmente el fundamento del valor de cambio de todas las cosas, con excepción de las que no pueden incrementarse mediante el trabajo humano, es una noción de máxima importancia en la economía política, pues las vagas ideas que se adjudican al término "valor" constituyen la principal fuente de diferencias de opiniones y de ideas vagas en la materia.» *Ibid.*

15. Ricardo, *op. cit.*, pág. 67.

sobre los medios de subsistencia; según él, su efecto era impulsar el cultivo de tierras cada vez más pobres. Esta presión habría de continuar hasta que el suelo, cada vez más empobrecido, sólo rindiera el mínimo necesario para sustentar las vidas de quienes lo trabajaban, y ese mínimo, a su vez, determinaría en forma general las remuneraciones de todos los trabajadores y, en particular, las de todos los campesinos.

De la posesión de las mejores tierras —superiores a las de peor calidad o marginales— proveniría un excedente por encima del coste. Éste sería tanto mayor cuanto mejor fuera la calidad de los suelos y cuanto mayor fuese la presión general de la población sobre la oferta total de tierras. En esta forma, el propietario de las tierras más fértiles se beneficiaría no sólo de su buena fortuna, sino también de la creciente pobreza o mala fortuna de todos los demás. En el sistema ricardiano era muy bueno ser terrateniente, y a Ricardo no le importaba la noción del ingreso inmerecido o del decoro social. La renta de la tierra no aumentaba los precios, sino que consistía en un residuo que se acumulaba pasivamente gracias al incremento de la población y al progreso general de la sociedad. «El aumento de la renta es siempre efecto de la creciente riqueza del país y de la dificultad de proveer alimentos para su mayor población.»<sup>16</sup>

Volviendo a los salarios, Ricardo, en otro de sus pasajes muy citados, afirma que son «el precio necesario para permitir a los trabajadores subsistir y perpetuar su raza, sin aumento ni disminución».<sup>17</sup> Esta idea, como la Ley de Hierro de los Salarios, entraría en la historia yendo mucho más allá de la teoría económica propiamente dicha; según ella, quienes trabajaban tenían la pobreza por destino y no debían ser redimidos por la compasión del Estado ni de los empleadores, ni tampoco por la organización sindical, ni por su propia iniciativa. Autores y oradores se dedicaron luego a dotar a la Ley de Hierro de un carácter más necesario y restrictivo del que presentaba en el lenguaje menos osado de Ricardo. La Ley de Hierro era el precio natural del trabajo, o como se diría ahora, el precio de equilibrio de la mano de obra, es decir, el nivel al que, permaneciendo igual todo lo demás, tenderían los salarios. Pero en Ricardo incluía no sólo las necesidades del tra-

16. Ricardo, *op. cit.*, pág. 77. La cursiva es del presente autor.

17. Ricardo, *op. cit.*, pág. 93.

bajador, sino también «las conveniencias que han llegado a resultarle indispensables por costumbre».<sup>18</sup> En su conjunto, se trataría de lo que hoy llamamos un nivel de vida convencional o acostumbrado. Y el precio de mercado de la mano de obra en una sociedad «en proceso de mejoramiento», como, por ejemplo, la que fuera dotada progresivamente de mayores capitales y adelantos técnicos, podría superar la tasa de mercado durante mucho tiempo, «pues en cuanto se respondiera al impulso, originado por un incremento de capital, en favor de una mayor demanda de trabajo, otro aumento de capital vendría a producir el mismo efecto».<sup>19</sup> Las consecuencias de esta evolución serían sumamente benéficas, pues «cuando el precio de mercado de la mano de obra excede su precio natural, la situación del trabajador es floreciente y feliz, teniendo a su alcance los medios de adquirir una mayor proporción de necesidades y disfrute de la vida, y consiguientemente, de criar una familia saludable y numerosa».<sup>20</sup>

Aunque todo esto era alentador, también sobrevendría, desgraciadamente, la otra tendencia más profunda: «Pero cuando, mediante el estímulo que los salarios más elevados otorgan al aumento de la población, el número de trabajadores aumenta, los salarios vuelven a descender a su precio natural, e incluso llegan a caer por debajo de éste, en un efecto de reacción.»<sup>21</sup>

Debe reconocerse que quien aspire a defender la reputación de Ricardo del rigor de sus propias conclusiones —de la implacable Ley de Hierro— podrá apoyarse en cierto instinto de salvación. Él creía que la aportación de capitales y nuevas técnicas podría continuar indefinidamente, con el correlativo efecto ascendente en el precio de mercado de la mano de obra. Y por cierto, esto ha resultado plenamente plausible en el curso de los acontecimientos. Pero a Ricardo se lo recordaría y conocería por su ley dominante, y no por las excepciones a la misma. Y de esa ley dominante proveniría su convicción de la pobreza inevitable de quienes viven bajo el capitalismo, y de la futilidad y error de cualquier acción correctiva, que no titubeó en condenar expresamente: «Como todos los demás contratos, los salarios deben quedar librados a la justa y libre competencia del mercado, y nunca deberían someterse a la

18. *Ibid.*

19. Ricardo, *op. cit.*, pág. 95.

20. Ricardo, *op. cit.*, pág. 94.

21. *Ibid.*

interferencia de la legislatura.»<sup>22</sup> La pobreza es inevitable; la ley económica que la exige no puede violarse. Así es el capitalismo, y eso es lo que Ricardo hizo por la reputación del sistema. Que nadie dude que simpatizantes y amigos pueden prestar un flaco servicio a una causa.

Desde los tiempos de Ricardo [los economistas vienen tratando de aclarar su concepción de los beneficios.] Tropiezan ahí con un problema en la medida en que sus explicaciones son maravillosamente confusas, y también debido a la circunstancia de que le costó muchísimo hallar en su sistema un resquicio para alojar dicha noción. En efecto: si el valor de un producto se determina por el coste del trabajo que con él puede encargarse en el punto marginal en el que no hay renta de la tierra y el excedente previo al margen es renta de la tierra, entonces no queda nada como beneficio del capital. Ingresos para el terrateniente los habrá, desde luego, pero no para el capitalista. Empero, es obvio que en realidad existen dichos ingresos, y Ricardo sin extremar la claridad de su lenguaje, se los adjudica también a la mano de obra. Hubo quienes trabajaron antaño para edificar la fábrica y construir la maquinaria que integran la inversión de capital fijo, y para adquirir las mercancías en proceso de elaboración que constituyen el capital circulante o variable. El beneficio (incluido, todavía, el interés) es, según Ricardo, el pago diferido de todo este trabajo anterior.

Esta explicación presenta graves problemas, no todos ellos disimulados por la enrevesada exposición de Ricardo. Pero una vez más, subsiste el aspecto central de la cuestión, que ha ejercido una influencia preponderante. Si los beneficios responden a los ingresos de la mano de obra empleada en el pasado para constituir el capital, se deduce que toda ganancia del capitalista representa una forma de robo sin disimulo. La verdad es que no le asiste ningún derecho, pues se está apropiando de lo que en justicia pertenece al trabajador. O por lo menos, esto es lo que fácilmente puede hacerse creer. Y así lo hizo creer con efecto histórico, Karl Marx. Llegarían, pues, a desencadenarse revoluciones basadas en la tesis de Ricardo, con el apoyo de la Ley de Hierro y de la teoría

22. Ricardo, *op. cit.*, pág. 105

del valor trabajo, según la cual el capitalista, para obtener sus ingresos, menoscaba los legítimos haberes del trabajador. La justicia económica, según la definió David Ricardo, autor conservador, ex agente de bolsa, luego miembro del Parlamento y terrateniente, exigía que se pusiera término a esta situación.

Algunos estudiosos, entre los cuales se destacó muy especialmente Joseph Schumpeter, han sostenido que se exagera la influencia de Ricardo en la historia de la ciencia económica. Tanto la rigurosa teoría del valor trabajo como su concepción paralela, la Ley de Hierro, fueron digresiones elucubradas a partir de una trayectoria más razonable, menos intransigente en el desarrollo del pensamiento económico. La cuestión puede discutirse. Pero nadie puede negarle a Ricardo su papel como chispa y yesca del asalto venidero contra el sistema que trató de describir. «Si Marx y Lenin merecen bustos [en la galería de los héroes revolucionarios], en algún lugar adyacente debería colocarse también una efigie de Ricardo.»<sup>23</sup>

Obvio es decir que ni Malthus ni Ricardo fueron conscientes de que estaban poniendo las bases de los textos de la disidencia y la revolución. Las clases gobernantes, los privilegiados, siempre dirigen la vista, con talante aprobador, hacia su propio medio, y no hacia el exterior para preocuparse de aquellas gentes cuya ira y furor pueden estar suscitando o podrían suscitar en lo venidero. Y así sucedió también en este caso. Malthus y Ricardo eran portavoces de la nueva clase dirigente en un nuevo orden económico. Como habrían de hacerlo generaciones de economistas futuros, hablaban por boca de su público, y a él se dirigían. No hablaban para quienes, en aquel entonces o posteriormente, pudieran sentirse incitados a la rebelión.

Pero debe reconocerse también que el nuevo mundo industrial del cual y al cual hablaban, aunque fuera, según los críticos actuales, cruel y opresivo, representaba un gran adelanto en comparación con todos los precedentes. Durante milenios, como Keynes observaría más tarde y como habrá ocasión de volver a destacar, los seres humanos no habían experimentado ningún cambio básico y permanente en su nivel de vida: las cosas iban a veces un poco mejor, a veces peor, pero no se definía ninguna tendencia fundamental y duradera. En cambio, con la industrialización, había

23. Gray, *op. cit.*, pág. 170.

una mejora del bienestar; por mala que fuera la servidumbre fabril, era casi con seguridad mejor para todos—salvo para los absortos en el romanticismo, por ejemplo, Oliver Goldsmith—, mejor que la existencia anterior en las aldeas, trabajando interminablemente en los telares domésticos o en las faenas solitarias y mal remuneradas de la agricultura. En gran medida, sin que todavía haya llegado a reconocerse plenamente, fue ese mundo antiguo el que impulsó a la revolución, y todavía sigue haciéndolo. En Francia, en gran medida en la Rusia imperial, en México, China, Cuba, y ahora en Centroamérica, había o habría posteriormente mucho más odio militante contra los aristócratas feudales y contra los terratenientes que contra los industriales. Es un enigma, y hasta una paradoja, que precisamente las opiniones de Ricardo sobre la industria y el capitalismo terminasen por dar pábulo a la revuelta proletaria; en realidad, como autor del más insigne tratado sobre las ganancias inmerecidas de los terratenientes, debería haber sido el progenitor de las revueltas agrarias, mucho más habituales.

Sea como fuere, desde entonces se creó una división cada vez más hostil entre los portavoces del sistema y los de las masas, consideradas como víctimas del mismo. De Malthus, y especialmente de Ricardo, se tomarían ideas al servicio de ambos bandos.

B4

## VIII. LA GRAN TRADICIÓN CLÁSICA [1]

POR LOS ALREDEDORES

Durante los setenta y cinco años siguientes a la muerte de David Ricardo, la economía experimentó una transformación de particular importancia. Dejó de ser un tema de contemplación y discusión por parte de personas que tenían otras ocupaciones y se convirtió en una profesión. Hubo hombres (y virtualmente ninguna mujer) que llegaron a ganarse la vida como economistas, y que se dieron a sí mismos durante mucho tiempo la denominación de economistas políticos. Las innovaciones en la disciplina se completaron con actividades de divulgación, instrucción y asesoramiento público. Así pudo contarse con distinguidos economistas políticos que decían muy poco de nuevo, pero que decían mejor que antes lo que ya se sabía. O bien lo dijeron con gran coherencia interna, o con unción más persuasiva. También hubo algunos que debieron su distinción a su capacidad para exponer de forma más elocuente o repetitiva lo que individuos influyentes se alegraban de oír.

Dado que Gran Bretaña fue la potencia económica dominante en el mundo durante el siglo XIX, la economía fue abrumadoramente una disciplina británica. Una vez más es patente la vinculación que ya hemos observado entre el pensamiento económico y la vida económica. Y a pesar de la profesionalización de la economía y de la vasta ampliación del debate, hubo en su contenido más elementos de permanencia que de cambio. En sus aspectos más esenciales y profundos, no se desafiaron seriamente las ideas (o el sistema, como podríamos decir hoy con mayor precisión) de Smith, Ricardo y Malthus.

Ésta fue la «tradición clásica de la economía», título que al parecer le fue inicialmente adjudicado por Marx.<sup>1</sup> En su forma poste-

1. John Maynard Keynes, en *The General Theory of Employment Interest and Money* (Nueva York, Harcourt, Brace, 1936), pág. 4, adjudicó a las ideas con las cuales habría de lidiar el nombre de «Postulados de la economía clásica». Éste es el título del segundo capítulo de dicha obra.

una mejora del bienestar; por mala que fuera la servidumbre fabril, era casi con seguridad mejor para todos)—salvo para los absortos en el romanticismo, por ejemplo, Oliver Goldsmith—, mejor que la existencia anterior en las aldeas, trabajando interminablemente en los telares domésticos o en las faenas solitarias y mal remuneradas de la agricultura. En gran medida, sin que todavía haya llegado a reconocerse plenamente, fue ese mundo antiguo el que impulsó a la revolución, y todavía sigue haciéndolo. En Francia, en gran medida en la Rusia imperial, en México, China, Cuba, y ahora en Centroamérica, había o habría posteriormente mucho más odio militante contra los aristócratas feudales y contra los terratenientes que contra los industriales. Es un enigma, y hasta una paradoja, que precisamente las opiniones de Ricardo sobre la industria y el capitalismo terminasen por dar pábulo a la revuelta proletaria; en realidad, como autor del más insigne tratado sobre las ganancias inmerecidas de los terratenientes, debería haber sido el progenitor de las revueltas agrarias, mucho más habituales.

Sea como fuere, desde entonces se creó una división cada vez más hostil entre los portavoces del sistema y los de las masas, consideradas como víctimas del mismo. De Malthus, y especialmente de Ricardo, se tomarían ideas al servicio de ambos bandos.

B4

## VIII. LA GRAN TRADICIÓN CLÁSICA [1]

POR LOS ALREDEDORES

Durante los setenta y cinco años siguientes a la muerte de David Ricardo, la economía experimentó una transformación de particular importancia. Dejó de ser un tema de contemplación y discusión por parte de personas que tenían otras ocupaciones y se convirtió en una profesión. Hubo hombres (y virtualmente ninguna mujer) que llegaron a ganarse la vida como economistas, y que se dieron a sí mismos durante mucho tiempo la denominación de economistas políticos. Las innovaciones en la disciplina se completaron con actividades de divulgación, instrucción y asesoramiento público. Así pudo contarse con distinguidos economistas políticos que decían muy poco de nuevo, pero que decían mejor que antes lo que ya se sabía. O bien lo dijeron con gran coherencia interna, o con unción más persuasiva. También hubo algunos que debieron su distinción a su capacidad para exponer de forma más elocuente o repetitiva lo que individuos influyentes se alegraban de oír.

Dado que Gran Bretaña fue la potencia económica dominante en el mundo durante el siglo XIX, la economía fue abrumadoramente una disciplina británica. Una vez más es patente la vinculación que ya hemos observado entre el pensamiento económico y la vida económica. Y a pesar de la profesionalización de la economía y de la vasta ampliación del debate, hubo en su contenido más elementos de permanencia que de cambio. En sus aspectos más esenciales y profundos, no se desafiaron seriamente las ideas (o el sistema, como podríamos decir hoy con mayor precisión) de Smith, Ricardo y Malthus.

Ésta fue la «tradición clásica de la economía», título que al parecer le fue inicialmente adjudicado por Marx.<sup>1</sup> En su forma poste-

1. John Maynard Keynes, en *The General Theory of Employment Interest and Money* (Nueva York, Harcourt, Brace, 1936), pág. 4, adjudicó a las ideas con las cuales habría de lidiar el nombre de «Postulados de la economía clásica». Éste es el título del segundo capítulo de dicha obra.

rior, más refinada y pulida, se la denominaría «el sistema neoclásico», designación que ha sobrevivido para describir gran parte de la ciencia económica actual y que, sin embargo, no refleja un cambio básico en su contenido sustancial.

El examen de los años posteriores a Ricardo puede dividirse en tres amplias categorías. En primer lugar hubo críticas al sistema, en gran medida por parte de estudiosos alemanes, franceses y estadounidenses. En sus respectivos países, la situación económica, las tendencias filosóficas y las observaciones personales negaban o parecían negar las grandes verdades que emanaban del escenario económico británico. En segundo término, especialmente en Gran Bretaña, tuvo lugar durante esos años un esfuerzo permanente, a veces imaginativo, tendente a buscar una justificación social y moral al sistema clásico y a las extraordinarias diferencias de ingresos y de gratificaciones que éste proporcionaba a sus participantes. Y finalmente, en tercer lugar, se introdujeron modificaciones y refinamientos en la teoría de los precios y de la distribución, es decir, en la determinación de los precios, los salarios, los intereses, las rentas de la tierra y los beneficios. En esta forma quedaron moldeadas en un conjunto firme, intelectualmente completo e internamente coherente, las ideas inferidas y a veces ambiguas de los fundadores; conjunto al cual, como quedó también demostrado durante esos años, podía dársele expresión matemática.

Junto con estas tres corrientes de ideas y paralelamente a las mismas, a mediados del siglo pasado se desató la rebelión —en particular, la desidencia fuerte y penetrante de Karl Marx—. Como se ha dicho en el capítulo anterior, ésta también tuvo sus orígenes en la tradición clásica, a saber, en la teoría del valor trabajo de Ricardo; en la noción de una plusvalía falsamente apropiada por el capitalista, y en el argumento arrasador según el cual todo el rendimiento de los bienes producidos pertenecía legítimamente a los trabajadores. Aquellos que todas las noches al acostarse dan gracias a los fundadores de la tradición clásica por explicar y justificar su buena fortuna, rinden homenaje involuntario en un mismo pasaje de sus plegarias a los autores de las ideas encaminadas a su expropiación.

Vamos a examinar ahora las influyentes críticas a los padres fundadores del sistema clásico formuladas por distintos economis-

tas alemanes, franceses y estadounidenses, y su creencia, implícita cuando no explícita, de que el sistema en cuestión puede haber sido excesivamente conveniente a los intereses británicos. En el próximo capítulo se examinará la tradición clásica durante el apogeo del gran capitalismo. Luego se comentarán las ideas elaboradas específicamente para su refinamiento y su defensa, y después, la impetuosa intromisión disidente de Karl Marx.

A principios del siglo XIX, Alemania era todavía una mezcla políticamente desordenada y económicamente atrasada de principados, cada uno de los cuales imponía tarifas aduaneras a los productos de los demás, actuaba celosamente en función de sus propios intereses incondicionalmente entendidos, y respondía en mayor o menor grado a la personalidad y con bastante frecuencia a la excentricidad de su respectivo príncipe. En este suelo árido germinó una respuesta notablemente abrupta a Adam Smith, y por extensión, a Ricardo y a Malthus. Si bien habían existido precedentes que se remontaban a los antiguos griegos, se iniciaba por entonces un debate que prosigue impetuosamente en nuestros tiempos y cuya retórica es parte integrante de la oratoria electoral en los Estados Unidos y en Gran Bretaña.

Para las doctrinas de Smith y de Ricardo era preciso e indispensable que el Estado existiera para el individuo. ¿Y para qué otra cosa?, preguntarían sorprendidos la mayor parte de nuestros contemporáneos. Pues bien, la respuesta que daban los alemanes, a principios del siglo pasado, era que el individuo existía para el Estado. Es este último el que le brinda protección y la posibilidad de una existencia civilizada ininterrumpida. A lo largo del lapso breve, inseguro y a menudo incoherente de la vida humana individual, el Estado es el puente sólido que va del pasado al futuro. No es completamente obvio, dada la índole y los mínimos beneficios que reportaban a la población los principados germánicos de aquella época, el motivo por el cual se debía otorgar al Estado este papel superior. Puede darse por seguro que el pensamiento y la orientación de la filosofía alemana ejercieron su influencia al respecto. Pero en esta coyuntura, como siempre, las ideas económicas se adaptaron a lo que existía y resultaba evidente. El Estado era un factor omnímodo en Alemania; los príncipes no toleraban la oposición a sus políticas, y los estudiosos se mantenían sumisos.

Los dos principales autores que formularon la respuesta alemana a los economistas clásicos británicos fueron Adam Müller (1779-1829) y, con una estatura muy superior, Georg Friedrich List (1789-1846). Müller, que le llevaba a List diez años de edad, tomó parte, a diferencia de éste, en lo que después se llamaría el movimiento romántico alemán. Padeció un siglo de oscuridad (que algunos consideran merecida) hasta que fue sacado a la luz en los decenios de 1920 y 1930, atribuyéndosele, al menos en parte, el carácter de precoz profeta del nacionalsocialismo. Müller era un conservador que defendía los intereses de terratenientes y señores feudales, y su principal argumento, solemnemente reiterado, era que el Estado «no es meramente una necesidad humana fundamental, sino la necesidad humana suprema».<sup>2</sup> En 1945, cuando los ejércitos rusos avanzaban inconteniblemente, atravesando el Oder y dirigiéndose a Berlín, Adolf Hitler fue notificado de las aterradoras pérdidas de jóvenes soldados alemanes muertos en un fútil intento de detener la invasión. Su respuesta, eco distante de Adam Müller, fue: «¿Y para qué otra cosa sirve la juventud?»

Sin embargo, hay que ser imparcial, cueste lo que cueste. Durante todo el siglo XIX los partidarios de la economía política de Smith y de sus discípulos se encontraron, cada vez que visitaron Alemania, con un profundo respeto y una gran confianza en el Estado. Ello se debía al elevado prestigio de que disfrutaban los funcionarios públicos de todas las jerarquías, y muy posiblemente, también a su mayor competencia. Una parte del poder económico de Alemania en aquellos tiempos, que todavía perdura en la actualidad, se debió a que en este país se esquivó el tedioso, divisorio y retrógrado debate sobre los papeles apropiados e inapropiados del gobierno. En Alemania, lo mismo que en el Japón, quedó así expedito el camino a debates y acciones oportunas e inteligentemente pragmáticas. Esto se debe, en parte, al legado de Müller. El resto de su obra no ha sobrevivido.

El segundo autor alemán que disintió con el mundo de Adam Smith fue Friedrich List, quien ejerció una influencia mucho mayor tanto en su propia época como posteriormente. Su temprana prédica en favor de políticas liberales de intercambio entre los Estados alemanes dio lugar al establecimiento de una zona de comer-

cio libre en toda Alemania, que eventualmente se convirtió en la Zollverein. Suscitó también la extrema hostilidad de la que tan a menudo suelen ser víctimas quienes se adelantan a su tiempo, aunque sólo sea en cuestión de sentido común. Por esta herejía fue encarcelado, castigo que desde entonces muchos quisieran ver aplicado a quienes se oponen a los tan deseados aranceles proteccionistas. Una vez liberado, List se vio en la obligación de buscar refugio en Suiza, Francia, Inglaterra, y finalmente, Estados Unidos. Allí se convirtió en editor de un periódico en Reading, Pensilvania, y en ferviente partidario del auge de la construcción de canales que entonces tenía lugar, a la vez que simpatizó con las opiniones de Alexander Hamilton sobre la necesidad y los medios de fomentar el desarrollo económico nacional, con las de Henry Clay respecto del Sistema Americano, y con las de Henry Carey, el crítico estadounidense de Ricardo, a quien se hará referencia más adelante. Asimismo, obtuvo la nacionalidad norteamericana. Luego, en 1831, regresó a Alemania con las ideas que se había ido formando en Norteamérica. Fue el primer caso de influencia norteamericana en el pensamiento económico europeo.

De vuelta a su país natal, List, habiendo alcanzado una eminente respetabilidad, se convirtió en partidario de establecer aranceles para la Zollverein en su conjunto, defendiendo así para aquella vasta zona la protección a la que se había opuesto en el caso de sus pequeños Estados constituyentes. En su obra *Das nationale System der politischen Oekonomie*,<sup>3</sup> inaugurando lo que iba a ser toda una importante tradición del pensamiento económico alemán, describió la vida económica no como una situación estática, sino como un proceso continuo que atraviesa etapas sucesivas de desarrollo —primitiva o salvaje, pastoral, agrícola y familiar, con una combinación, al alcanzar la madurez, de actividades agrícolas, manufactureras y comerciales—. El Estado, a su entender, desempeñó un papel indispensable al facilitar el tránsito desde las etapas primitivas hasta las más recientes, en las cuales se alcanzó el equilibrio entre la agricultura, la industria y el comercio, finalidad que en su opinión Adam Smith no había identificado adecuadamente ni compartido.

En esta interpretación se perfilaba, de modo elemental, el co-

2. Adam Müller, *Elemente der Staatskunst*, citado en Alexander Gray, *The Development of Economic Doctrine* (Londres, Longmans, Green, 1948), op. cit., pág. 219.

3. *The National System of Political Economy*, traducción al inglés de Sampson S. Lloyd (Londres, Longmans, Green, 1922).

mienzo de otro debate de máxima relevancia en los tiempos modernos, respecto al carácter de la economía: ¿Se trata de un tema estático? ¿Buscan y encuentran, en consecuencia, los economistas verdades eternas como lo hacen, por ejemplo, los químicos y los físicos? ¿O acaso las instituciones de que se ocupan los economistas se encuentran en un permanente proceso de transformación al cual deben adaptarse en una evolución constante el tema de su estudio y, más particularmente, las políticas que preconiza? Friedrich List fue un profeta precursor de la segunda de estas concepciones, y no ha dejado de influir en el presente volumen.

A criterio de List, el arancel proteccionista es un instrumento primario en la adaptación al cambio. Su papel difiere notablemente según la etapa específica de desarrollo. No es útil para un país que atraviesa una etapa inicial o primitiva, ni es tampoco necesario para el que se encuentra en la etapa final. En cambio, es indispensable para aquella nación que, contando con los recursos naturales y humanos necesarios, se encamina hacia la culminación de su desarrollo, particularmente si algún otro país, o algunos otros países, la han alcanzado primero. El libre cambio era para el recién llegado, mientras que para Gran Bretaña constituía, por cierto, un atractivo recurso para confinar a quienes venían detrás, dentro de sus etapas iniciales de desarrollo.

Éste es el más fuerte, el más duradero y, en definitiva, el más próximo a la irrefutabilidad de los argumentos contra Adam Smith y sus seguidores, y contra su tesis librecambista: éstos no afirmaban en rigor una verdad universal; simplemente sostenían lo que obviamente era más ventajoso para el caso especial de Gran Bretaña.

La postura adoptada por List tendría un eco muy resonante, aunque en gran medida independiente, en los Estados Unidos de esa época y durante muchos años a partir de entonces; el libre cambio defendía principalmente la ventaja original y todavía única de la industria británica establecida. La argumentación de List en favor del proteccionismo fue adoptada, y se convirtió, en el lenguaje norteamericano, en el argumento de las industrias nacientes: el principio del libre cambio era correcto, pero cabía una excepción válida en el caso del arancel que protegía y nutría el desarrollo de las industrias jóvenes y vulnerables. Ningún debate en el ámbito de la economía llegaría a ser más duradero que el entablado entre quienes, viendo el libre cambio como una rama de la teo-

logía, no consentían ningún pecado, y aquellos que, atendiendo al difícil trance de las jóvenes empresas que se oponían a las viejas, pedían una absolución limitada. Finalmente, dicha excepción tuvo lugar en todos los países en proceso de industrialización: se implantó el arancel a fin de proteger a las industrias nacientes, adolescentes o, en todo caso, nuevas. Las doctrinas de Adam Smith siguieron siendo ampliamente celebradas como depositarias de la verdad, pero todas las naciones, a medida que iban incorporándose a la industria, fueron adaptándose a circunstancias aparentemente especiales.

Si Friedrich List volviera hoy a los Estados Unidos, observaría allí con interés la versión moderna de su argumento favorable al proteccionismo. El proceso evolutivo que describió no termina, como él sostuvo, con un equilibrio de la industria desarrollada y de la agricultura, para las cuales la protección es irrelevante. Lo que sucede es que en ese punto se inicia un proceso de envejecimiento en los países más maduros que genera una presión favorable a la protección contra nuevos y más vigorosos elementos recién llegados al escenario industrial. De ahí la gran demanda actual en los Estados Unidos, Gran Bretaña y distintas naciones europeas, en favor de la protección de las industrias del acero, textil, automoción, electrónica y otras, frente a la superior competencia de Japón, Corea, Taiwan y el resto del nuevo mundo industrial. La antigua excepción para las industrias nacientes se ha convertido en la actual excepción para las industrias maduras y las seniles. Y en la diplomática terminología moderna no se le llama «proteccionismo», sino «política industrial».

La respuesta alemana a Smith y sus partidarios implicó la defensa del Estado, ya sea románticamente o bien, como en el caso de List, con una clara noción de su papel funcional. En Francia, con el mal recuerdo que se tenía del Estado tanto bajo el Antiguo Régimen como después de la Revolución, esto no podía tentar a nadie. Según hemos visto, el más influyente de los estudiosos franceses, Jean-Baptiste Say, adoptó y organizó las concepciones de Smith y se convirtió, además de muchas otras cosas, en su portavoz francés. La tendencia de los críticos de Smith en Francia, que no era en absoluto extraña a la historia intelectual de este país, consistía en atenerse al sistema económico delineado y preconizado en *La*

*riqueza de las naciones*. Pero a principios del siglo XIX el sistema estaba proclamando su realidad, incluidos sus efectos sociales sumamente visibles, y por tanto aquilataban también el valor y el objeto de todo ello. ¿Era eso, en realidad, lo que los seres humanos deseaban, o debían desear? Los franceses siempre han tenido el orgullo y el mérito de saborear en lo posible la calidad de la vida, sin confundirla demasiado fácilmente con la cantidad, incluida la cantidad de mercancías. Por ello no es sorprendente que las primeras dudas acerca de la deseabilidad del logro industrial se formularan en dicha nación.

El más interesante de los críticos que escribieron en francés fue Jean-Charles Léonard de Sismondi (1773-1842), que nació en Ginebra tres años antes de publicarse *La riqueza de las naciones*. Entre las circunstancias que le distinguieron en su momento hubo una larga relación con Madame de Staël, que se inició en 1803 en la cercana localidad de Coppet. La labor de quienes frecuentaban ese círculo, ya se ocuparan de economía o de otras materias, no solía pasar inadvertida a la atención del público. En sus escritos de entonces, siendo todavía un hombre relativamente joven, Sismondi se presentaba como un fervoroso discípulo de Adam Smith, pero dieciséis años después, cuando volvió a ocuparse del tema, expresó serias reservas sobre sus anteriores opiniones.

Hacia fines del siglo XVIII, como ya se ha indicado, se habían puesto en evidencia los profundos efectos sociales de la Revolución industrial. Grandes masas de trabajadores —hombres, mujeres y niños— se concentraban en las fábricas de las Midlands, en el centro de Inglaterra, y hacia el Norte, en Escocia. Una vez en la fábrica, o más exactamente, una vez en una ciudad industrial, quedaban a disposición de los patronos —es decir, de los dueños de los establecimientos, de los capitalistas— y bajo su poder. No estaban en condiciones de protestar contra los salarios, las jornadas de trabajo, los ruidos y la contaminación de fábricas y viviendas, las fatigas y la brevedad de su existencia. Nada puede simbolizar mejor esa realidad que un intento de reformas que atrajo las visitas y la observación de casi todos los viajeros europeos. Se trata de New Lanark, centro industrial y residencial fundado por David Dale (1739-1806), capitalista y filántropo escocés, que se dirigió a los orfanatos de Glasgow y de Edimburgo, retiró de allí a todos los internos y los trasladó a pabellones con dormitorios en su ciudad industrial modelo. En ésta, los niños sólo debían trabajar trece

horas diarias, y años después, gracias a una asombrosa reforma introducida por su yerno, el utopista Robert Owen (1771-1858), nada más que once. En sus *horas libres* niños y niñas participaban en actividades educativas y recreativas. Así era la reforma en aquellos tiempos.<sup>4</sup>

Sismondi reaccionó enérgicamente contra las aterradoras circunstancias sociales del nuevo capitalismo, que durante las primeras décadas del siglo XIX hicieron su aparición también en Francia. Algunas de sus objeciones recuerdan a List: «Todo el sufrimiento ha recaído sobre los productores continentales, y todas las ventajas las han conservado los ingleses.»<sup>5</sup> Lo mismo que Malthus, opinaba que la industria moderna se entregaba desenfrenadamente a la superproducción. Cada empresario individual decidía lo que debía producir, y las masas amontonadas en las fábricas no podían opinar sobre lo que necesitaban. Sismondi creía que, en general, las invenciones tenían consecuencias perjudiciales. Pero lo que más le preocupó fue la situación de los trabajadores.

La máxima contribución de Sismondi se cifra en el reconocimiento y caracterización de las clases sociales. Fue «uno de los primeros economistas que se refirieron a la existencia de dos clases sociales, a saber, los ricos y los pobres, o bien los capitalistas y los obreros, cuyos respectivos intereses, a su criterio, estaban... en permanente conflicto entre sí».<sup>6</sup>

En ese momento se inició un debate que, una vez asumido e intensificado por Marx y por Lenin, sería más fértil en invectivas que cualquier otro de la historia. Smith, Ricardo y Malthus habían observado que el empresario, y desde luego el terrateniente, se encontraban en mejor situación que el trabajador; más exactamente, lo habían considerado como algo natural e inevitable. Pero al mismo tiempo, no creían que el patrono, ya se tratara de un capitalista o de un terrateniente, fuera el arquitecto de las desdichas del pobre. Los trabajadores, con su incontenible afán de procreación, forjaban su propia desgracia, su implacable declinación

4. Finalmente, podría agregarse, el instinto reformista de Owen y la consideración de los costes motivaron objeciones de sus socios, razón por la cual emigró a Indiana, donde fundó una comunidad plenamente socialista, que denominó «Nueva Armonía». Ésta atrajo a algunos de los más redomados vividores de los Estados Unidos, y resultó un fracaso.

5. Jean Charles Léonard de Sismondi, *Nouveaux Principes d'Économie Politique*, citado en Gray, *op. cit.*, pág. 211.

6. Eric Roll, *A History of Economic Thought* (Nueva York, Prentice-Hall, 1942), *op. cit.*, págs. 254-255.

hacia la mera subsistencia. En cambio, para Sismondi los ricos *eran* los enemigos de los pobres, y los capitalistas, de los trabajadores. Por eso, era función del Estado proteger a los débiles contra los fuertes «para evitar que los hombres sean sacrificados en aras de una riqueza de la que no obtienen ningún provecho».<sup>7</sup>

De este modo, Sismondi infligió un fuerte golpe a los esfuerzos por responsabilizar a los pobres de su propia pobreza y por tranquilizar la conciencia de los ricos (asunto del que volveré a ocuparme más adelante). Los pobres, cabe repetir, no deben ser culpados del hecho de serlo; los ricos son quienes los mantienen en esa situación. Una clase oprime a la otra. Durante los 150 años siguientes, los afortunados deploraron y condenaron estas ideas. En época tan reciente como 1984, durante unas elecciones norteamericanas, el candidato republicano a la vicepresidencia, George Bush, hombre de sintaxis bastante flexible, reprochó a Walter Mondale, candidato del Partido Demócrata a la presidencia, «haber incitado al pueblo norteamericano a dividirse en clases: en ricos y pobres». Pero la culpa no la tenía Mondale, sino Jean-Charles Léonard de Sismondi.

Para las personas sensatas, la solución de Sismondi tenía sentido; en ella, una vez más, aparecen los fuertes matices que caracterizan a Francia y al pensamiento económico francés. Debía volverse del capitalismo industrial a la agricultura y al trabajo independiente del artesano, quien conocía, al contrario del obrero de fábrica, los productos que elaboraba. Y de esa forma, no sólo se librarían los trabajadores de la explotación, sino que se evitaría asimismo la superproducción, que Sismondi consideraba endémica en el sistema industrial.

Antes de partir de Francia en este viaje por los alrededores, debemos tomar nota de la fuente de otra disensión todavía más vigorosa. Se trata de Pierre-Joseph Proudhon (1809-1865), casi contemporáneo de Marx, pero cuyo desdén suscitó en numerosos aspectos.<sup>8</sup> Si bien aceptaba el carácter inevitable de la propiedad, Proudhon sostenía la inquietante aserción de que todos los ingresos originados por ella —rentas, beneficios, y especialmente intereses—

7. Sismondi, citado en Gray, *op. cit.*, pág. 209.

8. El título de la principal obra de Proudhon, *Contradictions économiques*, o *Philosophie de la Misère*, fue parodiado por Marx en su *Miseria de la Filosofía*.

sólo eran formas de hurto. De ahí proviene la más famosa de sus afirmaciones: «*La propriété, c'est le vol*», o sea, «la propiedad es un robo». Su solución, en los términos más escuetos, consistía en abolir el interés (y demás ingresos procedentes del capital) y depositar la propiedad en cooperativas obreras o en asociaciones voluntarias de trabajadores. Éstas serían financiadas mediante un banco especial, que emitiría billetes que se utilizarían para avalar la producción y la adquisición de mercancías. En la sociedad proudhoniana, el Estado dejaría de existir.

Los estudiosos han atribuido ordinariamente a Proudhon un lugar de importancia en la historia del socialismo, del sindicalismo y del anarquismo, pero no en la del pensamiento económico. Esta distinción carece de fundamento. En efecto, en el residuo moderno de las teorías de Proudhon sobreviven dos ideas influyentes. Una de ellas es la creencia, quizá el instinto, de que existe cierta superioridad moral en la institución cooperativa. O bien en la fábrica de propiedad de los trabajadores. Cada vez que los agricultores se agrupan para proveerse de fertilizantes, petróleo u otros productos necesarios en el campo, y siempre que los consumidores se asocian para comprar alimentos al por mayor, se realiza un homenaje a las ideas de Proudhon. Lo mismo ocurre cuando los trabajadores siderúrgicos se organizan para hacerse cargo y hacer funcionar una fábrica obsoleta, como se ha visto recientemente en Weirton, Virginia Occidental. Y Proudhon es sólo uno de los muchos progenitores de la fe perdurable en la magia monetaria; es decir, de la creencia de que pueden introducirse grandes reformas mediante la adopción de proyectos todavía no descubiertos en materia de innovaciones o manipulaciones financieras o monetarias. El banco de Proudhon era sólo una imitación dudosa del que había creado John Law para sorprender, deleitar y luego saquear a Francia un siglo antes.<sup>9</sup>

Hay ciertas lecciones económicas que nunca terminan de aprenderse. Una de ellas es la necesidad de mirar con la más profunda suspicacia toda innovación en materia monetaria, y más generalmente, en el ámbito de las finanzas. Se sigue creyendo que sin duda debe haber una forma todavía inédita de resolver sin dolor los grandes problemas sociales, pero lo cierto es que tal cosa no

9. Me refiero a John Law en los capítulos IV y XII de esta historia, y he escrito sobre él más detalladamente en *Money: Whence it Came, Where it Went* (Boston, Houghton Mifflin, 1975), *op. cit.*, págs. 21 y ss.

existe. Sin excepción conocida, los ingeniosos instrumentos monetarios y financieros o son inocuos o constituyen fraudes al público y, frecuentemente, a sus propios impulsores. Proudhon no fue el primero en depositar su fe en la magia monetaria, pero no deja de ser uno de los primeros apologistas de una duradera tradición.

El rasgo más prominente del discurso económico norteamericano en los años posteriores a Ricardo y a Malthus —de hecho, durante casi medio siglo— fue su ausencia en cualquier sentido formal. En efecto, como se explicará más adelante, predominó la creencia de que la economía era una materia en la cual nadie necesitaba orientación superior, algo sobre lo que todos tenían un derecho natural a la libertad de expresión. Se trataba, y así ha ocurrido siempre, de un producto de las circunstancias, pues para que tenga lugar un debate académico sobre cuestiones económicas, es preciso que exista un problema económico, y más en particular, una penuria o escasez recurrente.

Hasta la Guerra de Secesión, e incluso después de ella, lo que distinguió a la realidad norteamericana fue una espaciosa abundancia, una perspectiva de ingresos y oportunidades para agricultores y obreros, no menos que para comerciantes y capitalistas, inconcebibles en Inglaterra o en el continente europeo. Como el trabajador podía en cualquier momento expresar su insatisfacción con sólo marcharse a la frontera, no había mayor base para una teoría de salarios. Pudiendo los agricultores poseer sus propias tierras y labrarlas, no había necesidad de una teoría de la renta de la tierra. Y sin determinar esos costes, no era posible elaborar una teoría de los precios. Prevalecía la misma situación excepcional —con respecto al problema económico básico del valor y de la distribución— que la esclavitud había brindado a los griegos. Es posible que la economía política no haya sido por entero una ciencia lúgubre, tal como se afirmaba el siglo pasado, pero desde luego no puede florecer en medio de oportunidades de expansión y optimismo generalizado.

Pero no hay que exagerar al respecto, pues hasta las oportunidades y el optimismo en el ámbito económico se prestan en alguna medida a la creación literaria. A esto se dedicó a principios y mediados del siglo XIX Henry Charles Carey (1793-1879), de Filadelfia, editor de profesión, hijo de un inmigrante irlandés católi-

co. Una de sus desdichas fue haberse convertido en un escritor excesivamente prolífico. En economía es mucho más fácil ganarse una buena reputación con un solo gran libro, como, por ejemplo, *La riqueza de las naciones*, de Smith o los *Principios*, de Ricardo, es decir, un único volumen que los estudiosos lean de verdad.

En su obra temprana, Carey muestra la fuerte influencia que sobre él ejercían Ricardo y el pensamiento clásico británico. Pero cuando trató de aplicar esa doctrina al ámbito americano, llegó a concebir ciertas dudas, y comprensiblemente, a proclamarlas. Ricardo había visto cómo el incremento de la población y la limitación de las tierras cultivables iban forzando a los trabajadores a un rendimiento marginal cada vez menor, que luego se convertía en el salario universal. Carey, en cambio, veía que ese mismo proceso proporcionaba a los trabajadores remuneraciones cada vez más elevadas, a medida que se trasladaban a empleos más productivos. En el Nuevo Mundo, algo que Ricardo ignoraba, la colonización se había iniciado en las tierras altas de las colinas, en las cuales los bosques eran menos densos y persistentes, y a las cuales los colonos, habiendo observado la tendencia a instalar allí la residencia feudal en Europa, pueden haber atribuido el máximo de valor, protección y prestigio. Luego, los pioneros se instalaron progresivamente en los valles más fértiles y productivos, con lo cual fueron obteniendo, en lugar de un menor rendimiento, resultados cada vez más favorables. En esta forma, se desplazaron de las tierras más pobres a las más fértiles y por último a las de óptima calidad. Lo mismo sucedió cuando la atención de los agricultores se proyectó hacia la frontera, con sus grandes recursos inexplorados. Así como esta tendencia refutó las tesis de Ricardo, destruyó también las de Malthus. En efecto, se trataba de una población creciente que se repartía una provisión de alimentos, no inmutable, sino en rápido aumento. Henry Carey no deseaba la posibilidad de que en un futuro distante pudiera llegar a haber demasiada población, y hasta llegó a utilizar la frase de «sitio en el que sólo se cabía de pie». Pero no le faltaba razón para creer que ese mal no se presentaría por el momento. Dios había dicho: «Creced y multiplicaos.» Y valía más quedarse con las palabras de Dios que con las de Malthus: «No crezcáis y no os multipliquéis.»<sup>10</sup>

10. Henry Charles Carey, citado en Gray, *op. cit.*, pág. 254.

Carey, según se ha observado, incurrió, como su compatriota Friedrich List, en una nueva concesión a las circunstancias. Luego de haber empezado por proclamar las virtudes del libre cambio, mudó de opinión y se puso a preconizar las del proteccionismo. Y en una segunda etapa, coincidiendo con List, defendió un equilibrio entre la industria y la agricultura. También le impresionó especialmente el ahorro de costes que representaba la cercanía de los centros industriales a los de consumo, evitando los gastos de transporte desde Gran Bretaña.

El problema del proteccionismo es cómo armonizar su respetabilidad intelectual con el argumento poderosamente lógico y apasionadamente teológico del libre cambio. En este esfuerzo, que se prolongaría largamente en los Estados Unidos, Henry Carey fue un precursor indiscutido.

Con el transcurso del siglo XIX la frontera fue desapareciendo, y cuando los agricultores norteamericanos, en particular, empezaron a sentir las adversidades implícitas en el sistema, los debates económicos fueron creciendo y extendiéndose en los Estados Unidos. Reviviendo a Ricardo, Henry George, ya mencionado en esta obra, observó la presión sobre la oferta de tierras por parte de las poblaciones rurales y urbanas y el alza consiguiente del valor de la tierra. Vio en ello un *incremento inmerecido* que, como se explicará, representaba un tremendo mal social, un enriquecimiento fortuito del terrateniente que se atraviesa en el camino del progreso y un elemento que entra en grave conflicto con la justicia distributiva. Pero esto no quita validez a la vasta generalización consabida, que sigue todavía en pie: durante el siglo XIX no hubo un ambiente propicio para el examen sistemático de las cuestiones económicas en los Estados Unidos, sobre todo en las primeras décadas. Como luego veremos, se debatirían muy intensamente la banca, la moneda (en especial, los billetes de banco y la acuñación de la plata) y los aranceles, pero esos debates tuvieron lugar entre los políticos y el público en general, pero no entre los solemnes especialistas en la materia. Cabe repetir que el debate económico requiere que haya un serio problema económico.